

América **SOCIALISTA**

en defensa del **MARXISMO**

Número 40



REFORMA O REVOLUCIÓN

Incluye: Lecciones de Grecia • La Guerra de los campesinos alemanes
Moralidad y lucha de clases • *Fígaro* y la Revolución Francesa



América **SOCIALISTA**

en defensa del MARXISMO

Revista teórica de la **Internacional
Comunista Revolucionaria**

Número 40

Agosto 2025

© In Defence of Marxism

Editores:

Alan Woods
(editor en Jefe)

Rob Sewell
Hamid Alizadeh
Francesco Merli
Daniel Morley
Ben Curry
Josh Holroyd
James Kilby
Jorge Martín
(edición en español)

Diseño:

Jesse Murray-Dean

Contacto:

editor@marxist.com

In Defence of Marxism Ltd
49 Station Road, Polegate,
East Sussex, UK, BN26 6EA

Todas las imágenes sin
créditos son de uso público

Portada: Reforma o
revolución de
Walter Steubhilber

Portada interior: No hay
espacio (1925) M. Borovkov



americasocialista.org

contacto@marxist.com

Ventas y suscripciones en:

Argentina	Bolivia	Brasil	Canadá	Chile
Colombia	El Salvador	Estado español		
Estados Unidos	Guatemala	México		
Perú	Puerto Rico	Venezuela		

p3

La lucha contra
el reformismo

p7

Lecciones
de Grecia

p21

La Guerra de los
campesinos alemanes

p31

La moralidad y
la lucha de clases

p40

Fígaro y la
Revolución Francesa





LA LUCHA CONTRA EL REFORMISMO

Comité de redacción

El hilo conductor de nuestro artículo principal de este número, «Lecciones de Grecia», es el problema del reformismo: la creencia de que los males de la sociedad, como la guerra y la pobreza, pueden eliminarse gradualmente, sin el derrocamiento revolucionario del sistema capitalista.

Esto se expresa más comúnmente en el argumento de que el movimiento obrero debe limitarse a luchar por lo que sea más inmediatamente alcanzable. Se argumenta que, con cada pequeña victoria, la clase obrera mejora su situación y se hace más fuerte, avanzando de manera lenta pero segura por el camino hacia su emancipación. Cualquier discusión sobre el «objetivo final» del movimiento, como el socialismo, se convierte así en algo académico.

Para muchos, esto parece una alternativa más realista y «práctica» que luchar por la revolución socialista. Al fin y al cabo, promete el cambio sin riesgo de violencia ni inestabilidad de ningún tipo.

A veces, estos argumentos pueden incluso parecer veraces. Durante los períodos de auge capitalista sustancial, los capitalistas han podido permitirse una serie de reformas democráticas y sociales significativas, al menos en los países capitalistas avanzados. El período del auge de la socialdemocracia, que condujo a la Primera Guerra Mundial, fue uno de esos períodos. También lo fueron los llamados «treinta años gloriosos» que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial.

Pero la historia demuestra que el progreso pacífico y gradual es imposible bajo el capitalismo. Las crisis periódicas sumen al sistema entero en una crisis. Y en el período de declive del capitalismo, estas crisis se han vuelto más profundas y duraderas.

CRISIS

El siglo XX reveló la rapidez con la que el reformismo se convierte en su contrario. En Europa, cuna de la socialdemocracia, el período de prosperidad fue sustituido finalmente por el desempleo masivo, la guerra civil y, en muchos lugares, el fascismo en los años 30.

Al vincular los objetivos, los métodos e incluso la perspectiva del movimiento obrero a las estructuras del capitalismo, los reformistas fueron incapaces de defender las conquistas del pasado, y mucho menos de conquistar otras nuevas. Peor aún, muchos colaboraron en guerras imperialistas y ataques contra los trabajadores para mantener la estabilidad de sus propios Estados capitalistas.

Trotsky escribió en 1935: «Sin reformas no hay reformismo y sin capitalismo próspero no hay reformas. La derecha reformista se vuelve antireformista en el sentido de que ayuda directa o indirectamente a la burguesía a aplastar las viejas conquistas de la clase obrera».¹

Hoy, la crisis del capitalismo también se expresa como crisis del reformismo.

Desde el fin del boom de la posguerra en la década de 1970, las conquistas de la clase obrera han sido desmanteladas

lenta y dolorosamente en todo el mundo. Las reformas se han convertido en contrarreformas. El mismo Partido Laborista británico que introdujo el bienestar «de la cuna a la tumba» en la década de 1940 ahora está recortando 5.000 millones de libras en ayudas por discapacidad.

A raíz de la crisis de 2008, millones de trabajadores y jóvenes se orientaron hacia la izquierda, impulsando el surgimiento de nuevos movimientos en todo el mundo. Syriza en Grecia, Podemos en España, Corbyn en Gran Bretaña, Mélenchon en Francia y Sanders en Estados Unidos lograron un apoyo masivo al exigir un cambio radical, a menudo invocando el «socialismo».

Sin embargo, todos ellos compartían la ilusión de que se podía arreglar el capitalismo mediante políticas inteligentes y la intervención del Estado. A pesar de su retórica socialista, su objetivo era regular el capitalismo, no abolirlo. La austeridad se consideraba, y se sigue considerando, como algo opcional, impulsado por la desagradable ideología «neoliberal», y no como el resultado necesario de la crisis capitalista.

Ninguno de estos movimientos ha llevado a cabo ni una sola reforma significativa. En Gran Bretaña, Corbyn capituló ante la presión de la derecha sobre el antisemitismo y el «Brexit», lo que llevó a la destrucción de su movimiento.

Sanders ha respaldado a todos los candidatos presentados por el establishment Demócrata desde 2016, en nombre de «parar a Trump».

En Grecia, Syriza obtuvo un mandato histórico para oponerse a la austeridad, solo para capitular ante las exigencias del capital financiero internacional, con consecuencias terribles para las masas griegas.

En todos los casos, ante la fuerte resistencia de la clase dominante, los dirigentes reformistas de izquierda retrocedieron.

Como resultado, la «izquierda» ha quedado completamente desacreditada. Pero la rabia en la base de la sociedad no ha desaparecido. En cambio, un sector significativo de la clase trabajadora se ha orientado hacia figuras como Trump, «Reform UK» y «Alternative für Deutschland», con la esperanza de que ofrezcan una salida a la crisis.

TRAICIÓN

¿Por qué ocurrió esto? La razón se puede resumir en las palabras de Trotsky:

«El que se inclina ante los hechos consumados es incapaz de preparar el porvenir».²

La perspectiva de todos los reformistas se caracteriza por la forma más cruda de empirismo. De hecho, los propios reformistas se jactan con orgullo de su «pragmatismo». Toman como punto de partida los «hechos» inmediatamente disponibles y basan toda su estrategia en este fundamento.

La propiedad y el control de la economía por parte de la clase capitalista es un hecho innegable; la existencia y el poder del Estado burgués es, igualmente, un hecho. En las llamadas «democracias liberales», la aprobación de leyes por el parlamento,

el sufragio universal, los sindicatos, etc., forman parte de la realidad.

La mayoría de los reformistas reconocen como un hecho la existencia de la clase obrera. Pero la idea de que la clase obrera pueda sustituir al Estado burgués y dirigir la sociedad por sí misma es rechazada como «utópica». ¿Por qué? Porque los trabajadores aún no lo están haciendo.

En consecuencia, el Estado burgués se convierte en «el Estado» en general; la democracia burguesa se convierte en «la democracia» en general; las relaciones capitalistas se convierten en «la economía» en general; los principios ideológicos de la clase dominante, como su código moral, se convierten en «valores» y «moralidad» universales en general.

En resumen, para el reformista, el orden capitalista es el orden mismo, el único orden que existe y el único que puede existir. Por lo tanto, cualquier cosa que amenace el colapso de este orden es impensable.

Por eso los líderes reformistas a menudo temen a los mismos movimientos que ellos mismos desatan. Para ellos, la clase obrera no es una fuerza revolucionaria que debe ser movilizada para derrocar el orden existente, sino una masa que debe ser «representada». Las movilizaciones masivas y las huelgas, por lo tanto, no son más que moneda de cambio en negociaciones perpetuas con los patrones.

Cuando las luchas de los trabajadores comienzan a amenazar los cimientos del sistema, se retiran presa del pánico. Con dirigentes como estos, la clase obrera no puede esperar nada más que derrotas en el período actual.

SECTARISMO

A través del estudio científico de la lucha de clases a lo largo de la historia, el marxismo ha establecido que los males del capitalismo no pueden ser eliminados sin el derrocamiento consciente del capitalismo por parte de la clase obrera.

Por lo tanto, el primer deber de los comunistas genuinos es luchar por la independencia de clase del movimiento obrero. Esto incluye la necesidad de desenmascarar y resistir todos los intentos de atar el movimiento al sistema capitalista y sus instituciones, como el estado burgués. Esta es la «primera letra del alfabeto comunista», por usar la expresión de Trotsky.

Pero, como podría decirte un niño de seis años, hay otras letras en el alfabeto, y es necesario establecer una clara distinción entre el reformismo de los dirigentes de la clase obrera y la lucha por las reformas en parte de los propios trabajadores.

A menudo, ambos coinciden. Los reformistas ofrecen reformas y los trabajadores los siguen con la esperanza de lograr mejoras tangibles. Algunos marxistas podrían sentirse tentados a descartar las «ilusiones reformistas» de las masas. Su solución es informar a los trabajadores de que están cometiendo un error, que sus dirigentes los traicionarán y que no deben perder el tiempo votando a políticos reformistas.

Todo esto está muy bien en teoría. Al fin y al cabo, tal argumento se basaría en una profunda verdad: que el reformismo en un período de crisis capitalista no puede proporcionar las reformas que exigen las masas. Pero seguiría siendo totalmente contraproducente y falso, precisamente porque es tan abstracto.

Limitarse a dar lecciones a la clase obrera sobre la necesidad de derrocar el capitalismo, sin conectar esta verdad general con las demandas concretas del movimiento vivo, es el sello distintivo del sectarismo. Como explicó Trotsky:

«Para el sectario, la vida social es una gran escuela y él su profesor. Opina que la clase obrera debería dejar de lado las cuestiones de poca importancia y agruparse alrededor de su tribuna profesoral. Así se realizaría la tarea.»³

CONCIENCIA

No basta con afirmar que los trabajadores deben convertirse en revolucionarios. Es necesario comprender cómo se desarrolla realmente la conciencia revolucionaria. Y se desarrolla dialécticamente, en saltos dramáticos, impulsada por la lucha por cambiar la sociedad en la práctica, no en la teoría.

Esto es especialmente cierto en momentos de crisis, cuando el capitalismo no puede permitirse ni siquiera reformas básicas.





En 1922, la Internacional Comunista observaba:

«Dada la situación general del movimiento obrero actual, cualquier acción de masas sería, aunque comience con consignas parciales, pondrá inevitablemente en primer plano las cuestiones más generales y fundamentales de la revolución».⁴

Cuatro años más tarde, más de tres millones de trabajadores británicos participaron en una huelga general bajo el lema: «Ni un penique menos en el salario, ni un minuto más en la jornada». Lo que comenzó como una lucha defensiva contra la embestida de los empresarios se convirtió en una confrontación directa entre la clase obrera y toda la fuerza del Estado británico, en la que los trabajadores podrían haber tomado el poder.

El potencial para saltos similares existe en abundancia en todo el mundo hoy en día. En Colombia, millones de personas eligieron a Gustavo Petro como el primer presidente de izquierda del país con la promesa de una serie de reformas en las condiciones laborales, la sanidad, las pensiones y más.

Petro ha dejado claro que quiere establecer una forma de «capitalismo humano» en Colombia, no el socialismo. Sin embargo, millones de trabajadores apoyan a su Gobierno y su programa de reformas, porque lo ven como un intento de satisfacer sus urgentes demandas de una vida mejor.

El problema es que el capitalismo colombiano es incapaz de satisfacer estas demandas. Por lo tanto, la clase dominante ha librado una feroz batalla en los medios de comunicación, el Congreso y

Petrogrado, abril de 1917 - Los trabajadores llevan las consignas de los bolcheviques «¡Todo el poder a los soviets!»

Izquierda: Un mitin en Bogotá en apoyo a Gustavo Petro, marzo de 2025 (AP / Alamy)

los tribunales para bloquear y frustrar las reformas.

Cuando Petro convocó movilizaciones masivas para apoyar una consulta popular sobre varias de sus reformas, no tenía ninguna intención de ir más allá de los límites de la democracia burguesa. Más bien, esperaba utilizar la presión de las masas para forzar un compromiso por parte de la clase dominante. Pero las intenciones de Petro no son necesariamente las mismas que las de los trabajadores y los jóvenes.

Impulsadas por el llamamiento de Petro, se formaron asambleas populares llamadas cabildos para organizar el movimiento. La capa más combativa de las asambleas ha comenzado a convocar un Paro Nacional indefinido, haciéndose eco del movimiento insurreccional que derrotó al gobierno derechista de Iván Duque en 2021.

Temiendo la propagación de un movimiento revolucionario de masas, la clase dominante colombiana ha dado un retroceso temporal, permitiendo que el proyecto de ley de reforma laboral de Petro fuera aprobado por el Congreso en junio. Pero a medida que se agrava la crisis del capitalismo en Colombia, las maniobras de la clase dominante continuarán y la radicalización de las masas podría crecer fácilmente, lo que las pondría en curso de colisión con los límites del reformismo de Petro.

Hay momentos en la lucha de clases en los que los trabajadores dicen: «¡No

daremos marcha atrás!». Lenin identificó esto como una de las condiciones esenciales para una revolución. Ese momento se alcanzó en Grecia en 2015.

Cuando el gobierno de Syriza convocó un referéndum sobre el paquete de austeridad exigido por los acreedores del país, todas las demandas de las masas griegas se concentraron en una sola palabra: «Oxi!» — «¡No!».

Lo que los dirigentes pretendían que fuera una simple votación para reforzar su posición en las negociaciones llevó a las masas a levantarse en un movimiento que podría haber roto por completo con el capitalismo y desencadenado una ola revolucionaria en Europa.

Pero es precisamente aquí donde la cuestión de la dirección se vuelve decisiva.

Como vimos en Grecia, una dirección reformista no puede ofrecer ningún camino a seguir. La contradicción entre las palabras y los hechos de los reformistas se eleva a un nivel insoportable y el movimiento se ve sumido en una crisis.

NUESTRO PAPEL

Cabría preguntarse: si hemos llegado a un punto en que los trabajadores se han radicalizado tanto, ¿por qué no destituyen a sus líderes y toman el poder ellos mismos?

Si los trabajadores pudieran improvisar una dirección revolucionaria, entonces un partido revolucionario sería innecesario y, francamente, ya estaríamos viviendo bajo el socialismo.



Lenin y Trotski, mayo de 1920

El papel del partido revolucionario no es oponer la revolución a la reforma, sino tender un puente entre ambas. Como explicó Rosa Luxemburg en su panfleto *Reforma o revolución*:

«Entre la reforma social y la revolución existe, [para los marxistas], un vínculo indisoluble».⁵

Pero para pasar de las palabras a los hechos, el partido debe ser capaz de ganarse la confianza de la mayoría de la clase obrera. Las cuestiones de estrategia se convierten así en problemas de táctica.

Los comunistas deben ser capaces de ver el mundo a través de los ojos de la clase obrera. Debemos partir de la conciencia de las masas tal y como es ahora, incluyendo cualquier ilusión que puedan tener —en los dirigentes reformistas, en las reivindicaciones democráticas, en la cuestión nacional, etc.— y conectarla con la necesidad de que la clase obrera controle la sociedad.

Si los comunistas consideramos que las masas se equivocan en sus reivindicaciones o en la elección de sus dirigentes, debemos decirles la verdad. Pero no dándoles lecciones desde la barrera. Primero, debemos demostrar que estamos dispuestos a luchar junto a ellos en cualquier terreno de batalla que elijan.

Este fue el enfoque propuesto por Marx y Engels; esto es lo que Trotsky defendió a lo largo de su vida, sobre todo en El programa de transición; y fue este enfoque el que permitió al Partido Bolchevique llevar a cabo la mayor revolución de la historia, en octubre de 1917.

En la primavera de 1917, la mayoría de los trabajadores miraban hacia partidos

reformistas como los mencheviques. En lugar de limitarse a decirles a los trabajadores que abandonaran a los reformistas, Lenin anunció públicamente que estos partidos debían tomar el poder en sus manos, pero rechazando cualquier colaboración con la clase dominante y sus agentes. Esto fue muy eficaz porque reflejaba exactamente lo que la mayoría de los trabajadores querían en ese momento y demostraba que los reformistas no podían satisfacer las exigencias de los trabajadores en la práctica.

Del mismo modo, las reivindicaciones de los bolcheviques a favor de una Asamblea Constituyente y la distribución de la tierra a los campesinos no eran en absoluto reivindicaciones socialistas, sino que procedían directamente de las exigencias de las masas. Pero los bolcheviques les dieron un carácter revolucionario y transitorio al explicar que la única manera de lograr estas reivindicaciones era que los obreros y los campesinos tomaran el poder a través de los soviets (consejos) que habían creado en la lucha y las llevaran a cabo ellos mismos.

El consejo de Lenin a los bolcheviques fue: «¡Explicar pacientemente!». De esta manera, los trabajadores sacaron sus propias conclusiones y se orientaron hacia los bolcheviques como el único partido que podía realmente llevar a cabo las reformas por las que luchaban. Sin esto, la Revolución de Octubre nunca habría tenido lugar.

NUESTRA TAREA

El período que se avecina ofrecerá muchas oportunidades a los comunistas

revolucionarios, pero también supondrá duras pruebas.

Si no somos capaces de atraer a los obreros y jóvenes más avanzados a nuestras filas, cualquier pretensión de ser una alternativa revolucionaria a la dirección actual quedará en papel mojado. La lucha contra el reformismo hoy en día no es otra cosa que la lucha por superar nuestro propio aislamiento.

En los países donde los comunistas revolucionarios apenas están comenzando a organizarse, la tarea de ganar a la vanguardia de la clase obrera sigue siendo solo una perspectiva futura. Pero incluso aquí debemos formar cuadros marxistas completos, comunistas auténticos, que no solo sean capaces de identificar los errores de los líderes obreros, sino también de comprender los sentimientos de los propios trabajadores. Solo así podremos fortalecer verdaderamente las fuerzas del comunismo en todo el mundo.

Comprender la relación entre la lucha por las reformas, el reformismo y la revolución es la piedra de toque de cualquier tendencia revolucionaria. Cualquiera que no comprenda esto, en el mejor de los casos, puede desempeñar el papel de una sociedad de propaganda comunista, pero nunca el de un partido de la revolución proletaria.

Esta es nuestra tarea. Si queremos tener éxito, debemos absorber las lecciones del pasado. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc40
 o escanea el código QR





Alexis Tsipras en un mitin preelectoral en Atenas, enero de 2015 (AP / Alamy)

LECCIONES DE GRECIA

En 2015, las políticas reformistas se pusieron a prueba en Grecia en un dramático enfrentamiento con las instituciones del capital financiero europeo. En este artículo, **Arturo Rodríguez** repasa este periodo para explicar las causas de la crisis, cómo se movilizaron las masas para derrotar los paquetes de austeridad impuestos al país y cómo este inspirador movimiento fue traicionado por la dirección de Syriza.

A menudo, los políticos reformistas «sensatos», que afirman poder mejorar de forma duradera las condiciones de vida de la clase obrera dentro del marco del capitalismo, tachan a los revolucionarios marxistas de señores utópicos. Pero en cuanto el sistema entra en crisis, todas las ilusiones de los reformistas se desvanecen como pompas de jabón, con consecuencias desastrosas para las masas.

Hoy, la crisis del capitalismo es también la crisis del reformismo. No se trata solo de una hipótesis teórica. La experiencia reciente lo ha demostrado.

Hace diez años, el reformismo se puso a prueba de forma dramática en Grecia. Los acontecimientos del primer gobierno de Syriza en 2015 están llenos de lecciones para la clase trabajadora.

CRISIS CAPITALISTA

El capitalismo es un sistema plagado de contradicciones, una de las más importantes es su tendencia a la sobreproducción. La competencia obliga a los capitalistas a producir de la forma más barata y eficiente posible, pero la explotación y el consumo restringido de la clase trabajadora hacen que la masa cada vez mayor

de mercancías lanzadas al mercado no pueda ser absorbida de forma rentable. Esta contradicción conduce inevitablemente a crisis, en las que parte de las fuerzas productivas quedan paralizadas y destruidas.

Estas crisis no pueden ser abolidas bajo el capitalismo, pero Marx señaló que el sistema tiene varias formas de posponerlas durante algún tiempo. Sin embargo, dialécticamente, estas soluciones temporales solo allanan el camino para recesiones aún más profundas en el futuro.

El instrumento más importante del sistema para evitar temporalmente las crisis es el crédito, que puede expandir artificialmente el mercado. Esto es precisamente lo que ocurrió tras la recesión de 2000-2001 en Estados Unidos y Europa.

Se lanzó crédito barato a los consumidores a un ritmo frenético. La deuda pendiente de los hogares en Estados Unidos, por ejemplo, casi se duplicó entre 2000 y 2007, hasta alcanzar los 13,8 billones de dólares, casi el mismo tamaño que toda la economía estadounidense.

Pero la otra cara del crédito es la deuda, y las deudas deben pagarse, con intereses. Así, las cosas se convierten en su contrario: los auges crediticios conducen a crisis de deuda.

Ese fue el carácter de la recesión de 2008.

El galope económico de la década de 2000 terminó en la zanja de una crisis. La recesión comenzó en Estados Unidos, luego saltó a Europa y más tarde se extendió a los llamados países «en desarrollo» y a China. Sin embargo, la crisis tuvo peculiaridades nacionales, que alcanzaron su máxima expresión en Europa.

IMPERIALISMO

Otra contradicción básica del capitalismo es que el carácter internacional de la economía choca con la división del mundo en Estados nacionales burgueses. Las fuerzas productivas hacen tiempo que se han vuelto demasiado vastas para estas estrechas fronteras.

La carga que suponen las fronteras nacionales para el desarrollo de las fuerzas productivas es más evidente en Europa, un continente fragmentado en un batiburrillo de pequeños Estados. El capitalismo, que se desarrolló primero en este continente, se topó rápidamente con los límites de los pequeños Estados europeos.

Al llegar a este límite, los más avanzados entre ellos crearon enormes imperios globales. Así, cuando un ambicioso recién

llegado, Alemania, vio su industria limitada por sus propias fronteras nacionales, se vio obligado a intentar crear un imperio a costa de los antiguos hegemones del continente, Gran Bretaña y Francia. El resultado fueron dos guerras mundiales en el siglo XX.

La burguesía alemana no logró dominar económicamente Europa mediante la guerra, pero consiguió el mismo objetivo de forma pacífica en la segunda mitad del siglo XX a través de la Unión Europea. Sin embargo, esto supuso muchas negociaciones con las demás clases dominantes del continente y, sobre todo, con el capitalismo francés, que había salido muy debilitado de la Segunda Guerra Mundial.

En una fase de expansión económica, este acuerdo pudo mantenerse. El Mercado Común Europeo (más tarde Mercado Único) proporcionó un mercado para los gigantes industriales europeos, de los cuales los más fuertes eran, y siguen siendo, los alemanes. Al mismo tiempo, la clase dominante francesa pudo aprovechar la fortaleza de la economía alemana para subvencionar la suya propia, al tiempo que proyectaba sus inversiones e influencia hacia el sur, en particular hacia sus antiguas colonias africanas.

A los capitalistas europeos todo esto les parecía el camino real hacia «la paz, la prosperidad y la unidad europea». Incluso se logró una moneda común con la introducción del euro en 1999. De

hecho, los medios con los que los capitalistas europeos intentaron superar sus propias limitaciones nacionales estaban preparando el terreno para una crisis paneuropea.

La industria alemana era, y sigue siendo, mucho más productiva que la griega, la española y la portuguesa. Pero dentro de la zona euro, las clases capitalistas griega, española y portuguesa no podían devaluar sus monedas para abaratar sus exportaciones e impulsar la competitividad, como habían hecho en el pasado. Por lo tanto, los productos alemanes tendían cada vez más a desplazar a la industria griega.

Sin poder devaluar de la moneda, la clase dominante griega se embarcó en una política de «devaluación interna», con un programa de privatizaciones a gran escala (incluida la mayoría de los bancos) y ataques a los logros conseguidos por la clase trabajadora en los años setenta y ochenta. Las normas de «disciplina fiscal» impuestas por el Tratado de Maastricht, que estableció la Unión Europea en 1993, solo sirvieron para aumentar la presión para recortar gastos como la sanidad y los servicios sociales.

A cambio, Grecia obtuvo acceso a créditos baratos mientras duró el auge. La entrada en la zona euro facilitó mucho a los bancos griegos el acceso a préstamos a tipos de interés más bajos que en el pasado, provocando una orgía crediticia.

Antes de la crisis de 2008, el capitalismo europeo, como en todas partes,

«Tumba del Ciudadano Desconocido: En memoria de los miles que perdieron la vida en una guerra económica no declarada (2010-2013)», colocada cerca del lugar donde Dimitris Christoulas se suicidó en la plaza Syntagma

Enfrente: Segundo día de una huelga general de 48 horas en Atenas, 29 de junio de 2011: se utilizó gas lacrimógeno contra la multitud (dpa picture alliance / Alamy)



repartió crédito para crear nuevos campos de inversión con el fin de prolongar el auge y expandir el mercado. En Grecia, los préstamos a los hogares aumentaron un 393% entre 2001 y 2008, mientras que los préstamos a las empresas se duplicaron con creces en el mismo periodo.

Esta rápida expansión del crédito no solo contribuyó a sostener la demanda y mantener a flote las empresas, sino que también permitió a los bancos obtener beneficios extraordinarios. El Banco Central de Grecia informó en 2005 de que los beneficios después de impuestos de los bancos habían aumentado un 198% en un solo año. En ese momento, Grecia tenía el nivel más alto de rentabilidad bancaria de toda la zona euro.



Grecia del 2008 al 2015

1.258.000 desempleados en 2015
(**25%** de la población)

50% de los **jóvenes menores de 25**
desempleados en 2015

15% en **pobreza extrema** en 2015
(frente al **2.2%** anteriormente)

180% relación de la **deuda con el PIB** en 2015
(frente al **109%** anteriormente)

27% de caída del **PIB**

28% de los **negocios** cerrados

Caída del **14%** del **salario mínimo**

Recortes del **15 al 44%** a las **pensiones**

Caída de **40%** en la **capacidad de compra**

Aumento del **47%** en la tasa de **suicidios**

Ver citas 24-33 para las fuentes



Pero no solo los banqueros griegos se hicieron de oro durante los años de bonanza. Atraídos por las ganancias fáciles, varios bancos franceses, alemanes y holandeses ampliaron masivamente sus préstamos a los bancos griegos. Los bancos extranjeros también adquirieron participaciones mayoritarias en bancos griegos para aprovechar al máximo las oportunidades que ofrecía el país.

COLAPSO

La quiebra del banco de inversión estadounidense Lehman Brothers en 2008 precipitó el colapso del mercado crediticio internacional. Los bancos dejaron de conceder préstamos y trataron de recuperar todo el efectivo que pudieron, al descubrir de repente que miles de millones de dólares de «activos» en sus balances no tenían ningún valor. Casi de la noche a la mañana, los bancos griegos se vieron privados del efectivo que necesitaban para mantenerse a flote.

Ante el colapso de todo el sector bancario griego, el Gobierno anunció un rescate de 28.000 millones de euros. De este modo, una parte considerable de la deuda de los bancos recayó sobre los hombros del Estado.

Un año más tarde, el gobierno socialdemócrata del PASOK de Giorgos Papandreou anunció un déficit presupuestario de alrededor del 12,5%. Las agencias de calificación internacional rebajaron inmediatamente la calificación crediticia de Grecia, lo que a su vez elevó el coste de los préstamos del gobierno. El Estado griego acabó teniendo que pedir préstamos a tipos del 10%, solo para pagar los intereses de su deuda de 300.000 millones de euros.

A principios de 2010, al Estado griego le resultaba imposible financiarse en el mercado crediticio internacional. Grecia estaba efectivamente en bancarrota y su Gobierno se vio obligado a pedir «ayuda».

El capitalismo europeo se había roto por su eslabón más débil. Pero a Grecia se unió una larga cadena de eslabones débiles del sur de Europa, a los que se denominó despectivamente PIGS (Portugal, Italia, Grecia y España, con Francia no muy lejos).

Sin una intervención inmediata, una serie de suspensiones de pagos podrían haber amenazado la existencia del euro e incluso de la propia Unión Europea. Por lo tanto, la clase dominante europea intervino para salvar el sistema, pero se aseguró de que fuera la clase obrera quien pagara la factura.

LA TROIKA

Grecia fue rescatada por primera vez por una «Troika» formada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). A cambio, exigieron medidas de austeridad salvajes y privatizaciones, establecidas en un «memorándum de entendimiento». La Troika envió a sus aporatchiks a los ministerios de Atenas para supervisar estos recortes sobre el terreno.

Sin embargo, este rescate no logró controlar la deuda griega sino que sumió al país en una recesión aún más profunda, ya que la austeridad redujo la demanda de la economía. Papandreou planeó celebrar un referéndum sobre un segundo rescate (para trasladar la responsabilidad de la austeridad a las masas), pero los gobiernos alemán y francés lo chantajearon para que no lo hiciera.

Papandreou acabó dimitiendo a finales de 2011. Se impuso entonces un gobierno «tecnocrático» encabezado por Loukas Papademos, nombrado sin elecciones, que firmó obedientemente un memorándum para un segundo rescate, que exigía todavía más austeridad.

Hay infinidad de indicadores de la devastación excepcional que la Troika causó en la sociedad griega. Se asemejan a los de un país devastado por la guerra. El PIB del país se redujo en un 27%. Los salarios medios cayeron casi un 40% y las pensiones un 50%. El desempleo aumentó hasta el 27% y los servicios sociales básicos quedaron prácticamente colapsados. Los trabajadores y parte de la pequeña burguesía se vieron abocados a la miseria y la desesperación.

Las clases dominantes de Europa afirmaron que el pueblo «derrochador» de Grecia, a diferencia del pueblo «trabajador» del norte de Europa, había «vivido por encima de sus posibilidades». La propia clase dominante griega se sumó a las acusaciones contra la «irresponsabilidad de las masas» como causantes de la crisis.

En realidad, en la década anterior a 2005, los trabajadores griegos eran los que más horas trabajaban al año de toda Europa, con una media de 1.900 por trabajador, seguidos de los españoles. El mito de los «trabajadores griegos perezosos» inyectó chovinismo en la situación, pero era falso de principio a fin.

Las verdaderas causas de la crisis se encontraban en las contradicciones del propio capitalismo europeo y en la especulación ciega de los bancos, a los que ahora la Troika se esforzaba por salvar, utilizando a los trabajadores griegos como chivos expiatorios.

La Troika no rescató a Grecia para garantizar la sostenibilidad de las finanzas públicas griegas. Solo una pequeña parte de los rescates fue a parar a las arcas del Estado, y la mayor parte fue a parar a los bolsillos de los acreedores del país. Se trató, de hecho, de un rescate indirecto de los bancos europeos, en su mayoría franceses y alemanes (pero también griegos), que habían comprado hasta 200.000 millones de euros de deuda pública griega. La principal preocupación de la Troika era la viabilidad del sistema financiero internacional.

En términos absolutos, la deuda griega era pequeña. Sin embargo, era políticamente significativa. Si se hubiera condonado la deuda de Grecia, otros países se habrían visto animados a renegociar sus obligaciones, incluidos pesos pesados como España, Italia o incluso Francia. Esto, a su vez, suponía un grave riesgo para el sistema bancario internacional, ya que amenazaba con arrastrar a la economía mundial a una crisis aún más profunda.

Los capitalistas eran perfectamente conscientes de este peligro y, por lo tanto, se negaron a hacer concesiones.

También existía una dinámica interna en Grecia que los reformistas, especialmente los de extrema izquierda, nunca llegaron a comprender. A través de los rescates de la Troika, el Estado griego recapitalizó el arruinado sistema bancario del país. Por lo tanto, se trató también de un rescate del sistema financiero griego y, a través de él, de la clase dominante griega. Por eso la burguesía griega nunca vaciló ni un segundo en su defensa de los memorandos, aunque la austeridad pulverizara la economía griega.

La clase dominante griega, débil y dependiente, necesita el paraguas de la UE y del imperialismo occidental, y se someterá diligentemente a todos sus dictados. Por lo tanto, la resistencia contra la austeridad no era «de interés nacional». Era una lucha de clases que se enfrentaría a los amos extranjeros de Grecia, pero también a su propia burguesía, como pronto revelarían los acontecimientos.

LAS LUCHAS DE 2010-2014

La Troika rescató a Grecia para salvar el sistema financiero mundial, imponiendo una brutal austeridad. Sin embargo, los intentos de la burguesía por alcanzar la estabilidad económica trastornaron el equilibrio político.

De hecho, la clase obrera griega no se quedó de brazos cruzados ante estos ataques sino que libró luchas históricas. En todos los momentos clave, la iniciativa estuvo en sus manos. Una vez más, los trabajadores demostraron en la práctica su inmenso poder.

Los años 2010-14 estuvieron marcados por manifestaciones masivas y casi 40 huelgas generales de 24 a 48 horas, disturbios, luchas vecinales, organización de base, etc., que en ocasiones alcanzaron un tono insurreccional.

En el verano de 2011, inspirados directamente por los acontecimientos revolucionarios en Egipto que derrocaron al dictador Hosni Mubarak, respaldado por Estados Unidos, cientos de miles de personas ocuparon la plaza Syntagma en Atenas y otras plazas de todo el país. De nuevo, en el invierno de 2012, medio millón de personas rodearon el edificio del Parlamento.

Las masas respiraron toneladas de gas lacrimógeno y lanzaron cócteles molotov contra la policía en encarnizados combates. Episodios dramáticos marcaron los enfrentamientos callejeros, como el suicidio público del jubilado Dimitris Christoulas en protesta política contra el régimen y contra la miseria. En su impactante nota de suicidio, escribió:

«No veo otra solución que este digno final para mi vida, para no verme obligado a rebuscar en los cubos de basura para alimentarme. Creo que los jóvenes sin futuro, algún día tomarán las armas y colgarán a los traidores de este país en la plaza Syntagma, tal y como hicieron los italianos con Mussolini en 1945».¹

Mientras tanto, entre la policía antidisturbios se llevó a cabo un proceso de selección interna, en el que solo permanecieron en el cuerpo aquellos que se habían destacado por golpear a trabajadores y jóvenes. La organización fascista Amanecer Dorado comenzó a reclutar miembros entre la policía. «En los últimos tres años [ha habido] muchos incidentes en los que compañeros toleraron la violencia de los miembros de Amanecer Dorado», admitió un portavoz de la policía.²

Los matones de Amanecer Dorado atacaron a activistas de izquierda y migrantes. Sus actividades provocaron una feroz respuesta, especialmente tras el asesinato del rapero de izquierda Pavlos Fyssas en septiembre de 2013. Decenas de miles de antifascistas salieron a las calles para protestar contra Amanecer Dorado en un ambiente de ira y desafío. La clase dominante se vio obligada a frenar a estos matones por miedo a que provocaran una explosión incontrolable.

Bajo el azote de la crisis, los trabajadores de a pie intentaron tomar las riendas del destino del país. En el proceso, llegaron a conclusiones radicales sobre su propio poder y sobre la naturaleza de la crisis.

Sin embargo, las masas se encontraron con un obstáculo importante: la falta de una dirección revolucionaria.

La mayoría de los dirigentes sindicales desempeñaron un papel lamentable. La huelga general, que suele ser un arma



formidable en manos de los trabajadores, fue convertida por la burocracia sindical griega en una farsa rutinaria para soltar vapor.

Los movimientos espontáneos, como la ocupación de las plazas en la primavera de 2011, pronto se esfumaron, ya que carecían de un programa y un plan de acción. Tras una fase de frenéticas movilizaciones callejeras en 2010-2014, las masas comenzaron a buscar una salida en el frente electoral.

EL AUGE DE SYRIZA

Desde finales de la década de 1970, la mayoría de los trabajadores griegos habían votado al partido socialdemócrata PASOK.

El PASOK había surgido en una época de lucha revolucionaria de los trabajadores griegos tras la caída de la junta militar en 1974. En aquel entonces, reflejando el grado de radicalización, sus líderes, como Andreas Papandreou, incluso hablaban con un lenguaje revolucionario.

Sin embargo, la práctica del PASOK distaba mucho de ser revolucionaria. No obstante, su conexión con los trabajadores se consolidó gracias a las reformas que introdujo durante los años de «prosperidad» de la década de 1980.

Sin embargo, la crisis de 2010 hizo añicos la base de apoyo del partido. Lejos de conceder reformas, llevó a cabo ataques salvajes. Se desplomó en las encuestas y, en 2014, se tambaleaba al borde del colapso. A su adversario tradicional, el partido de centro-derecha Nueva Democracia, no le fue mucho mejor.

Las condiciones parecían propicias para el despegue del Partido Comunista de Grecia (KKE). Se trataba de una organización obrera de masas con una heroica tradición que se remontaba a la lucha



Asamblea masiva en la plaza Syntagma, junio de 2011 (Ggia / Wiki)

contra el fascismo en la década de 1940. Sin embargo, su sectarismo y su actitud pasiva frenaron su desarrollo.

En las heroicas luchas de 2010 a 2014, la política errónea del KKE logró aislar a muchos de los mejores luchadores de clase de la corriente general de radicalización de las masas.

La federación sindical del partido, PAME, por ejemplo, organizó a menudo manifestaciones importantes en los numerosos días de huelga general. Pero lo hacía por separado de las manifestaciones, a menudo mucho más numerosas, organizadas por la GSEE, con la excusa de que los dirigentes sindicales de esta última habían estado asociados hasta ayer mismo con el PASOK.

El partido también desestimó muchas de las enormes protestas en la plaza Syntagma con el argumento de que las masas ondeaban la bandera griega y no la bandera roja. No comprendieron el estado de ánimo de rebeldía nacional, que surgía del sentimiento de que la nación griega estaba siendo aplastada por el imperialismo alemán. Llegaron incluso a reprender las ocupaciones masivas de las plazas en el verano de 2011, calificándolas de «movilizaciones que todas las fuerzas políticas burguesas y oportunistas rodeaban con afecto».³

Tras la caída de Papandreou en 2011, se sucedieron en el poder una serie de gobiernos inestables. En busca de una salida, las masas se orientaron hacia un partido político minoritario: la Coalición de la Izquierda Radical, Syriza.

Este partido tenía sus orígenes en una escisión del Partido Comunista en la década de 1960. Era una pequeña formación en los márgenes de la vida política, que obtuvo un 4,6% de los votos en las elecciones de 2009.

Sin embargo, las masas se aferraron a ella precisamente porque era una outsider político sin experiencia y, además, utilizaba un lenguaje muy radical. Prometió poner fin a la austeridad, revertir la privatización, cancelar los memorandos, nacionalizar los bancos e incluso habló de la «crisis estructural del capitalismo».⁴ Parecía ofrecer una ruptura total con el pasado.

En mayo de 2012, bajo el nuevo liderazgo de Alexis Tsipras, Syriza se disparó hasta el 16,8% en las encuestas. En las elecciones repetidas de junio, aumentó hasta superar el 26%, convirtiéndose en la principal oposición al odiado Gobierno de derechas de Nueva Democracia, de Antonis Samaras.

Syriza pidió un Gobierno de izquierda en el que participaran los comunistas y otros partidos de izquierda más pequeños, un mensaje que resonó entre millones de personas que querían que se dejaran de lado las diferencias que consideraban secundarias para expulsar a los partidos del establishment.

Esto preparó el terreno para el ascenso al poder de Syriza en enero de 2015, cuando obtuvo el 36,3% de los votos y solo le faltaron dos escaños para alcanzar la mayoría absoluta.

Syriza prometió auditar la deuda y revertir la austeridad y las privatizaciones. El llamado «programa de Tesalónica» de Tsipras contenía muchas reivindicaciones positivas para los trabajadores, como aumentos salariales, prestaciones, subsidios, pensiones e inversión pública. Sin embargo, los dirigentes de Syriza creían que era posible lograrlo dentro del marco del capitalismo (y del euro y la UE).

Su fórmula para poner fin a la austeridad consistía en gravar a los oligarcas griegos, que mantienen sus activos en

paraísos fiscales; nacionalizar los bancos y utilizarlos para financiar la inversión pública (¡a pesar de que los bancos estaban en quiebra!); y exigir un trato más benévolo a la Troika. Esta última exigencia es como pedirle a un tigre que se haga vegetariano. En realidad, Tsipras no creía realmente en su propio programa, que, según uno de sus principales aliados, no era más que «una llamada a la movilización de nuestras tropas».⁵

El problema era que la austeridad no era consecuencia de los «dogmas neoliberales» o de la «maldad alemana», como afirmaba la dirección de Syriza, sino que era el resultado de la crisis del capitalismo.

La única forma de romper con la austeridad era romper con el capitalismo. Esto significaba dejar de pagar la deuda y nacionalizar las grandes empresas para planificar la economía con el fin de satisfacer las necesidades sociales en lugar del beneficio privado.

El Estado griego, reaccionario y corrupto, no podía llevar a cabo tal ruptura, que solo es posible aprovechando la energía y la creatividad de la clase trabajadora. Habría requerido nuevas instituciones; se requería el control y el poder de los trabajadores.

Sin embargo, tal transformación no podía consolidarse dentro de los límites de un país pequeño y empobrecido como Grecia. Habría tenido que extenderse al resto de Europa y más allá. Para sobrevivir, la revolución socialista griega necesitaba una política internacionalista.

Para los cínicos dirigentes de Syriza, ese programa se consideraba poco realista. Para ellos, el socialismo y la revolución eran, en el mejor de los casos, una vaga aspiración para un futuro lejano, pero nunca una perspectiva práctica.



Lanzamiento de cócteles molotov contra la policía antidisturbios durante una huelga general de 24 horas en todo el país, Atenas, 18 de octubre de 2012 (ZUMA Press, Inc. / Alamy)

Derecha: Policía atacando una manifestación contra la austeridad en Atenas, abril de 2014 (Nikolas Georgiou / Alamy)

Sin embargo, los acontecimientos demostrarían rápidamente que los reformistas eran los verdaderos utópicos. A medida que Syriza se acercaba al poder en 2012-15, comenzó a diluir su programa, que ya era bastante moderado. Esto no es casual. El partido comenzó a sufrir la presión de la clase dominante, que empezó a «corregir» sus promesas irresponsables.

Los comunistas, sin embargo, siempre deben diferenciar a los dirigentes traidores de los partidos reformistas de sus seguidores honestos.

Por lo general, en su búsqueda de una salida a la crisis, las masas se orientan primero hacia el reformismo, que promete una solución aparentemente fácil e indolora a sus problemas. La educación política de las masas no viene de los libros, sino de la vida. Solo a través de la experiencia, poniendo a prueba a los reformistas en la práctica, las masas pueden llegar a comprender que sus demandas más básicas son incompatibles con todo el sistema capitalista, que debe ser derrocado.

Por lo tanto, el auge de Syriza fue muy trascendental, ya que abrió una nueva e importante fase en la lucha de clases. Sin embargo, como explicaremos, no se

puede dar por sentado que las masas sacarán las conclusiones correctas de la experiencia. Lo que se necesita es la presencia de un partido revolucionario numeroso, con una política adecuada, que pueda ganarse a las masas, ayudarlas a superar sus ilusiones reformistas y elevar la lucha a un plano superior, hacia una revolución victoriosa.

No obstante, lo que destaca en Grecia es el avanzado nivel de comprensión de las masas. La vida enseña, y los años 2010-2014 fueron formativos. Los votantes dieron a Syriza un mandato entusiasta, pero no un cheque en blanco. Mantuvieron una actitud crítica. Por ello, a pesar de su impresionante crecimiento electoral, Syriza siempre tuvo un número relativamente bajo de afiliados, especialmente en su ala juvenil.

«El día de las elecciones –recordaba un destacado candidato de Syriza– la gente se me acercaba, me daba palmadas en la espalda y me hacía prometer que no volvería sobre mi palabra. Te apoyamos, pero no te atrevas a dar un giro de 180 grados, porque si lo haces, nos volveremos contra ti, era el mensaje unánime».⁶

CHANTAJE

Tan pronto como Syriza llegó al poder el 26 de enero de 2015, se vio sometida a una presión irresistible por parte del capitalismo.

Sintiendo el aliento de la clase dominante en su nuca, Tsipras confió los ministerios clave a reformistas moderados y sin pelos en la lengua, como Giorgos Stathakis para el Ministerio de Economía y Yanis Dragasakis como viceprimer ministro.

Por otro lado, colocó a algunas figuras de la facción de izquierda del partido en ministerios secundarios para repartir la responsabilidad y cubrir su flanco izquierdo.

El hecho de que Syriza no obtuviera la mayoría absoluta en el Parlamento obligó a Tsipras a buscar una coalición. Se alió con el político nacionalista de derecha Pavlos Kammenos, de los Griegos Independientes.

Tsipras no exigió abiertamente al KKE que apoyara su Gobierno, respaldando esta petición con una campaña masiva. De hecho, estaba bastante contento de aliarse con Kammenos, ya que así obtenía una excusa conveniente para las traiciones



que veía venir. En esta operación, contó con la ayuda involuntaria del sectarismo de la dirección del KKE, que no quería tener nada que ver con Syriza y, por lo tanto, allanó el camino para que Tsipras se aliara con Kammenos.

Tan pronto como tomaron posesión, Tsipras y sus ministros tuvieron que emprender numerosos viajes a Bruselas y Fráncfort para negociar con los acreedores del país. Tras dos rescates, el Estado griego seguía al borde de la quiebra. Su sistema bancario estaba sometido a una enorme presión y necesitaba ayuda en forma de liquidez para mantener sus operaciones diarias. La troika aprovechó esta vulnerabilidad para chantajear a Syriza.

Las repugnantes palabras pronunciadas a los enviados de Syriza por el jefe del Mecanismo Europeo de Estabilidad, el alemán Klaus Regling, dan una idea del tono de las «negociaciones»:

«Nunca, jamás, deben incumplir sus pagos al FMI. Suspendan todos los pagos de pensiones si fuera necesario. Eso es lo que deben hacer».⁷

El trato que la UE, el BCE y el FMI dispensaron al Gobierno griego elegido democráticamente pasará a los anales

de las relaciones internacionales por su cinismo y su crueldad. En tiempos normales, la diplomacia capitalista se envuelve en un velo de formalidades y lenguaje esópico que oculta el dominio de un puñado de matones imperialistas en las relaciones internacionales. Pero la intensidad de la crisis de la eurozona reveló la verdad: las pequeñas naciones como Grecia tienen que bailar al son que tocan las grandes potencias.

Los acontecimientos de 2015 han puesto al descubierto el verdadero funcionamiento de la «democracia» capitalista: los parlamentos y las elecciones están muy bien mientras no se cuestionen los intereses fundamentales de los banqueros y los capitalistas. Si los trabajadores se atreven a elegir un gobierno que desafíe estos intereses, lo intimidarán hasta lograr su claudicación o será derrocado.

Cuando la burguesía occidental habla de «democracia» y «soberanía», como lo hace ahora con frecuencia en relación con Ucrania, recordemos cómo aplastó a Grecia. Estas palabras no son más que hojas de parra para ocultar sus intereses rapaces. Hay que decir, sin embargo, que las constantes concesiones de Syriza

solo sirvieron para abrir el apetito de los capitalistas.

Por encima de todo, la presión de los capitalistas fue económica. La burguesía utiliza su propiedad de la economía para imponer su voluntad a los gobiernos rebeldes, amenazando con matar de hambre al sistema capitalista. En particular, el BCE amenazó con retirar la recapitalización de los bancos griegos, utilizando la estabilidad de los bancos como espada de Damocles sobre el gobierno de Atenas.

Todas las «instituciones internacionales» respetables —la UE, el BCE, el FMI— se movilizaron para estrangular a Syriza. La clase dominante también llevó a cabo una campaña política ininterrumpida contra el nuevo gobierno que sometido a una avalancha de propaganda cuidadosamente orquestada por los medios de comunicación capitalistas europeos y griegos, que trabajaron codo con codo con los funcionarios de la Comisión Europea.

Los ataques no solo vinieron del extranjero, sino que, como relata un ministro de Syriza, también del propio Estado griego.



Tsipras en un mitin de NO (ZUMA Press, Inc. / Alamy)

Derecha: Yanis Varoufakis en Berlín, febrero de 2015 (Reynaldo C Paganelli / Alamy)

El Banco Central de Grecia colaboró abiertamente con la Troika en su intento de manipular a Tsipras. Los servicios secretos griegos pincharon los teléfonos de los ministros y filtraron información para socavar al gobierno. El presidente Pavlopoulos, un derechista de Nueva Democracia que el propio Tsipras había nombrado para apaciguar a la burguesía, también se sumó a la presión en verano, amenazando con derrocar al gobierno.

No solo son utópicas las ideas económicas de los reformistas de «domesticar» el sistema capitalista, sino también sus ideas políticas, ya que creen que el Estado burgués puede utilizarse para cambiar la sociedad.

Sin embargo, el Estado no es un instrumento pasivo que se entrega al ganador tras las elecciones. Tiene un carácter de clase bien definido: protege los intereses de los ricos y poderosos.

Esto se pone de manifiesto especialmente en épocas de intensa lucha de clases, cuando el Estado muestra su verdadera cara. O más bien, el Estado tiende a dividirse según líneas de clase, con sus altas esferas alineándose abiertamente con la burguesía y sus niveles inferiores acercándose a los trabajadores. En última instancia, la clase obrera debe crear nuevos órganos de poder para transformar la sociedad.

Ya en febrero de 2015, la Troika exigió nuevas negociaciones para liberar un pago pendiente del rescate y comenzó a imponer exigencias draconianas a Tsipras, que había llegado al poder prometiendo el fin de la austeridad, pero que se encontró en cambio con un nuevo y más brutal memorándum.

La expulsión de Grecia de la eurozona se esgrimió de forma amenazante ante Tsipras. Bajo el capitalismo, esto habría

significado el retorno al dracma, la devaluación repentina de la moneda griega y el empobrecimiento dramático del país.

A finales de febrero se alcanzó un acuerdo temporal que prometía liberar un tramo pendiente del rescate. Este acuerdo empujó al gobierno griego por una pendiente resbaladiza de concesiones. El acuerdo obligaba a Syriza a continuar con las «reformas» anteriores y a abstenerse de tomar medidas «unilaterales». A continuación, la troika incumplió sus promesas y retuvo los fondos que debía a Grecia.

El aspecto más preocupante de esta capitulación fue que el Gobierno la aclamó como una victoria, afirmando que habían «ganado la batalla». Al insistir en que era posible alcanzar un «compromiso honorable» mediante la negociación, los dirigentes de Syriza sembraron la confusión entre la clase trabajadora.

YANIS VAROUFAKIS

La figura clave en las negociaciones con la Troika fue el ministro de Finanzas, Yanis Varoufakis. Tsipras esperaba que este famoso académico lograra un acuerdo favorable en Bruselas.

Durante años, Varoufakis se había situado a la derecha de la dirección de Syriza. En su libro *Adults in the Room* (Adultos en la sala), recuerda:

«Mi preferencia era que Syriza presentara a los votantes un programa básico, progresista, europeísta, lógicamente coherente y no populista como base sobre la que construir una imagen de un futuro gobierno creíble, capaz de negociar el plan de rescate del país con la UE y el FMI. [...] Cuando lei el apartado de política económica del programa electoral de Syriza de 2012, mi irritación fue tal que dejé de leer al cabo de unas páginas».⁸

Aunque se definía a sí mismo como un «marxista errático», admitió que había abandonado sus ideas de izquierda para salvar el sistema. «Es el deber histórico de la izquierda, en esta coyuntura concreta, estabilizar el capitalismo; salvar al capitalismo europeo de sí mismo», afirmó.⁹

Su plan parecía muy moderado: reestructurar la deuda pública griega, posponer los pagos hasta que se alcanzaran ciertos objetivos de crecimiento, fijar objetivos de superávit presupuestario más bajos y desvincular la deuda bancaria griega del Estado, con la intervención de la UE en los bancos en quiebra. En última instancia, esperaba que el BCE financiara al Estado griego mediante la impresión de dinero.

Para lograrlo, pretendía aprovechar las tensiones entre los planes expansionistas de compra de bonos del presidente del BCE, Mario Draghi, y la agenda conservadora del Bundesbank alemán, y enfrentar a los estadounidenses (menos expuestos a la deuda griega) con los alemanes más beligerantes, combinando todo ello con hábiles maniobras mediáticas.

Varoufakis acudió a estas negociaciones con la cabeza llena de modelos abstractos de «teoría de juegos». Todo parecía muy inteligente, pero ignoraba por completo la realidad fuera de la sala de negociaciones y, sobre todo, el equilibrio de fuerzas de clase en toda Europa.

Syriza apenas intentó aprovechar el enorme apoyo que obtuvo de las masas, tanto en Grecia como en el extranjero. Hubo numerosas manifestaciones contra la troika durante esos meses, tanto en Grecia como en otros lugares de Europa, incluido el cerco de las oficinas del BCE en Fráncfort. Pero estas movilizaciones fueron iniciativas locales y no parte de un plan concertado por la dirección de Syriza. Nunca contemplaron la posibilidad de convocar manifestaciones masivas en ningún lugar. En cambio, lo apostaron todo a la «astucia» de Varoufakis.

En opinión de Varoufakis, la austeridad deprimía aún más la economía griega y contribuyó a socavar su capacidad de financiarse, creando un círculo vicioso sin fin que ponía en peligro la estabilidad general del capitalismo. Las políticas de la Troika, afirmaba, eran una «locura organizada».¹⁰

El problema de Varoufakis, al igual que otros economistas pequeñoburgueses similares, es que cree que el capitalismo puede asentarse sobre bases sólidas mediante reformas. Pero el capitalismo no escucha a la razón.

La burguesía no se deja influir por apelaciones a la racionalidad, la democracia o la moralidad. Cada capitalista y cada banda nacional de capitalistas está impulsada por la búsqueda del beneficio, no por la estabilidad general del sistema. Cada uno

actúa de forma bastante racional desde el punto de vista de sus propios intereses.

Varoufakis aisló de forma unilateral un aspecto de la crisis, ignorando el panorama general, y sacó conclusiones erróneas. Si bien la austeridad hundió a Grecia aún más en la depresión, lo que dificultaba el pago de su deuda, para la burguesía era mucho más importante proteger los intereses y la autoridad del sistema financiero mundial, convirtiendo a Grecia en un chivo expiatorio.

Las posibles divisiones entre Washington y Berlín que esperaba Varoufakis no se materializaron. Syriza se enfrentó a un frente capitalista unido. Cuando sus intereses fundamentales están en juego, las diferentes bandas nacionales de capitalistas dejan a un lado sus diferencias.

El auge de Syriza suponía una amenaza política para la burguesía. Ceder a las demandas del primer gobierno radical de izquierda en décadas en Europa habría alentado exigencias similares en otros lugares, especialmente por parte de Podemos en España. Las consideraciones políticas y económicas se entrelazaron. Había que dar una lección a Syriza y al pueblo griego.

Las «ingeniosas» propuestas de Varoufakis eran muy adecuadas para seminarios universitarios y otros públicos impresionables, pero totalmente inadecuadas cuando se trataba de la lucha real contra un enemigo de clase. Como admitió más tarde con bastante franqueza:

«Mi equipo y yo trabajamos muy duro para presentar propuestas basadas en un trabajo econométrico serio y un análisis económico sólido. Una vez que estas habían sido probadas por algunas de las máximas autoridades en sus campos, desde Wall Street y la City hasta académicos de primer nivel, las llevaba a los acreedores de Grecia. Luego me sentaba y observaba un panorama de miradas perdidas. Era como si no hubiera hablado, como si no hubiera ningún documento delante de ellos. [...] Echaba de menos mis días de estudiante, cuando los desacuerdos se resolvían con el poder de los argumentos y no con la fuerza bruta».¹¹

EL REFERÉNDUM

A principios del verano, Tsipras y Varoufakis se encontraban en una situación difícil. El dinero prometido en febrero no se había entregado, pero Grecia seguía pagando su deuda.

Varoufakis ofreció más y más concesiones, cruzando todas sus «líneas rojas». Pero la Troika no cedió. Por el contrario, el 25 de junio, propuso un nuevo y escandaloso memorándum (una versión revisada de la última serie de concesiones de Varoufakis) con medidas de austeridad aún más salvajes y contrarreformas



adicionales. Si Syriza lo firmaba, estaría pisoteando todas sus promesas.

El tiempo y el dinero se agotaban. Acorralado, Tsipras anunció un referéndum sobre el acuerdo de la Troika para el 5 de julio.

Como explica Varoufakis en sus memorias, Tsipras convocó el referéndum como un farol desesperado, con la esperanza de que obligara a la Troika a hacer concesiones suficientes para que Syriza pudiera vender el acuerdo. Pero lejos de desconcertar a la Troika, el referéndum despertó la furia de los capitalistas internacionales, que redoblaron su presión: financiera, política y mediática.

Se dijo a los griegos que si rechazaban el memorándum serían expulsados del euro, fuera del cual les esperaba convertirse en una república bananera arruinada.

Por su parte, el BCE apretó las tuercas a los bancos griegos imponiendo límites a su ayuda de liquidez, es decir, el salvavidas para mantener la solvencia de los bancos. En respuesta, el Gobierno se vio obligado a introducir controles de capital para evitar una retirada masiva de depósitos bancarios. Esto incluyó limitaciones a la retirada de efectivo de los cajeros automáticos.

En Grecia, los partidos de la oposición de derecha maniobraron para dar un golpe parlamentario, en connivencia con el presidente (¡nombrado también por Syriza!), que convocó a la formación de un «frente amplio de fuerzas democráticas».¹² Todo el establishment griego, incluida la jerarquía de la Iglesia ortodoxa y los propietarios de los grandes clubes de fútbol, apoyó la campaña a favor del Sí para aceptar el memorándum de la Troika.

Si creemos a Varoufakis (y no tenemos motivos para no hacerlo), Tsipras esperaba que el NO perdiera o, en el mejor de los casos, ganara por un estrecho margen,

lo que le habría facilitado la firma de un acuerdo humillante.

Si el miedo y la desesperación reinaban en la sede de Syriza, el ambiente en las calles era completamente diferente. La clase trabajadora respondió heroicamente al desafío. En los primeros meses de 2015, los trabajadores se habían mantenido en gran medida al margen, siguiendo atentamente las negociaciones. Ahora entraban en escena con toda su fuerza.

Entre el 27 de junio, cuando se convocó el referéndum, y el 5 de julio, cuando se celebró, se desarrolló un ambiente revolucionario en Grecia gracias a la intervención directa de las masas en los acontecimientos. Varoufakis recuerda el ambiente en vísperas de la votación:

«Los estudiantes obligados a emigrar por la crisis que habían regresado para votar me rogaban que no me rindiera. Un jubilado me prometió que a él y a su esposa enferma no les importaba perder sus pensiones siempre y cuando recuperaran su dignidad. Y todo el mundo, sin excepción, me gritaba: ¡No te rindas, cueste lo que cueste!».¹³

Las asambleas vecinales, los comités locales, las campañas de propaganda de base y las innumerables manifestaciones dieron un fuerte impulso al voto NO. En la capital, esto culminó con algunas de las mayores manifestaciones de la historia de Grecia, incluida una concentración de casi medio millón de personas el 3 de julio. Este movimiento fue en gran parte espontáneo.

Tsipras, sintiendo el auge popular, intentó activamente desactivar la campaña del NO, cancelando mítines y frenando las expectativas. Mientras tanto, la campaña por el Sí no logró ganar un apoyo significativo en las calles.

Contra toda la presión de la maquinaria propagandística capitalista, contra el terror económico y, de hecho, contra las



Manifestación masiva a favor del NO en la plaza Syntagma, julio de 2015 (AP / Alamy)

vacilaciones del gobierno, el pueblo griego votó masivamente NO.

Este fue sobre todo un voto obrero, más alto en los barrios proletarios de Atenas, Tesalónica y otros centros urbanos, mientras que el voto por el SÍ ganó en los distritos más ricos.

Sin embargo, la campaña por el NO arrastró a una capa considerable de la pequeña burguesía, los estudiantes, los profesionales, los agricultores, los intelectuales, etc. En total, el 61,3% de los votantes rechazó el acuerdo de la troika, otorgando a Tsipras un mandato poderoso para una ruptura radical. A fin de cuentas, fue un voto a favor de la revolución, respaldado por movilizaciones masivas.

En palabras de un comentarista burgués griego:

«El resultado del referéndum reveló un comportamiento extremadamente peligroso por parte del electorado, que se expresó siguiendo líneas de clase... [llevando] a las calles un conflicto que debería haber quedado confinado al Parlamento y, tal vez, a los programas de televisión».¹⁴

La noche del 5 de julio, cuando se conocieron los resultados, miles de personas se reunieron en la plaza Syntagma de Atenas para celebrar su victoria. Pero no se trataba solo de una celebración. Los trabajadores y trabajadoras de Grecia se estaban movilizandando para una batalla que, a sus ojos, no había hecho más que empezar. Habían mostrado su fuerza y tomado conciencia de su propio poder. El lema de la multitud era «¡Oute vima piso!», «¡Ni un paso atrás!».

En una entrevista televisiva tras la votación, el ministro Lafazanis contó cómo una mujer lo detuvo en la calle y le dijo: «No me importa si acabo comiendo de la basura, ¡pero no retrocedas!».¹⁵ Esto resumía el estado de ánimo del país.

Las masas comprendían el carácter internacionalista de la tarea que tenían por delante. Sobre todo, apelaban a los trabajadores de España, que cada vez depositaban más sus esperanzas en el partido de izquierda Podemos. Este partido había surgido de la nada, en paralelo a Syriza, gracias a las enormes protestas de los indignados que comenzaron en 2011. Esperaban que los trabajadores españoles les siguieran en su revuelta contra los banqueros, los capitalistas y sus representantes de la Troika.

«Syriza, Podemos, venceremos»¹⁶, se coreaba en las plazas. Si Syriza hubiera sido un partido revolucionario, podría haber barrido el capitalismo en Grecia, lo que habría tenido repercusiones en toda Europa y más allá.

Los marxistas tenemos una confianza inquebrantable en la clase obrera. No se trata de una fe ciega. Se basa en la comprensión del papel de los trabajadores en la sociedad capitalista. Ellos tienen en sus manos las riendas de la economía. Debido a su concentración, cohesión, peso económico, carácter cooperativo de su trabajo y antagonismo con la burguesía, tienen el potencial de desarrollar una conciencia socialista coherente, derrocar el capitalismo y reconstruir la sociedad sobre una base superior.

Cuando se les proporciona un objetivo claro, los trabajadores pueden darse cuenta de su enorme poder latente y mostrar la militancia más abnegada. Los acontecimientos de julio de 2015 lo revelaron una vez más.

Los lamentos retrospectivos de los cínicos izquierdistas, que buscan desviar la culpa de la derrota posterior de la dirección reformista de izquierda y culpar a los propios trabajadores, no pueden ocultar el hecho de que la clase obrera griega se levantó como un solo hombre y desafió a

las instituciones imperialistas del capitalismo mundial.

TRAICIÓN

Las masas celebraron y se prepararon para la lucha, pero Tsipras se desesperó. En la noche del referéndum, su residencia «parecía tan fría como una morgue, tan alegre como un cementerio»¹⁷, recuerda Varoufakis. Tsipras se encontró entre la espada de la Troika, que exigía su libra de carne, y la pared de las masas, que se habían expresado de forma inequívoca en el referéndum y estaban en las calles.

Tsipras se apresuró a ir a Bruselas para conseguir un nuevo acuerdo. Tras el referéndum, la clase capitalista estaba dividida. Un ala en torno al ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, y sus secuaces de Europa del Este quería expulsar a Grecia de la eurozona. Sin embargo, la canciller alemana, Angela Merkel, era cautelosa ante el impacto económico y político que esto tendría. Los capitalistas estadounidenses y franceses también se oponían al «Grexit». En parte como resultado de estas divisiones, a Tsipras se le presentó un memorándum aún más duro que el de junio.

El 12 de julio, Tsipras firmó el acuerdo, pisoteando todas sus promesas, su mandato electoral y el resultado del referéndum. Dado que muchos diputados de Syriza se rebelaron (32 votaron en contra y 11 se abstuvieron), Tsipras tuvo que apoyarse en los partidos de la oposición de derecha para que el memorándum fuera aprobado en el Parlamento griego.

La traición es inherente al reformismo, especialmente al reformismo de izquierda. Esto se debe a que promete mucho más de lo que puede cumplir dentro de los estrechos horizontes del capitalismo, al que no puede plantear una alternativa.



En su intento por reconciliarse con los capitalistas, los reformistas siempre acabarán abandonando su programa. Cuando se pone a prueba en la práctica, la brecha entre las palabras y los hechos hace que la deshonestidad sea parte integrante del reformismo, que intenta distorsionar y ocultar sus capitulaciones.

Para críticos como Varoufakis, Tsipras traicionó porque era deshonesto y por su carácter inseguro. Pero su bancarota moral fue consecuencia de su bancarota política.

Para preparar el terreno para esta traición, Tsipras reorganizó su gabinete y presionó a Varoufakis para que dimitiera. Hay que reconocer que Varoufakis denunció el tercer memorándum y advirtió que era mejor salir de la eurozona que firmar un acuerdo así.

Sin embargo, Varoufakis no era más que un economista «errático» que no tenía la capacidad ni la voluntad de organizar una oposición a Tsipras. Otros estaban mejor situados para hacerlo. Y fracasaron estrepitosamente en esta tarea.

LA PLATAFORMA DE IZQUIERDA

Syriza, la Coalición de la Izquierda Radical, estaba formada por diversas facciones y tendencias. El grupo más numeroso era la Plataforma de Izquierda, una facción poco cohesionada que reunía a diferentes personalidades y grupos.

Con control sobre más de un tercio del Comité Central del partido, la Plataforma de Izquierda era una fuerza a tener en cuenta. Contaba con unos 30 diputados y ocupaba un ministerio en el gabinete de Tsipras, que fue asumido por su principal figura, Panagiotis Lafazanis. Muchos de sus cuadros fueron absorbidos por la administración estatal, lo que fomentó las ilusiones arribistas y minó su voluntad de plantar cara a Tsipras.

Durante los primeros cinco meses, Lafazanis y la Plataforma de Izquierda no lograron ofrecer un análisis coherente de los acontecimientos. De forma abierta o tácita, aceptaron las diferentes concesiones del Gobierno, incluido el acuerdo de febrero con la troika y el nombramiento del derechista Pavlopoulos como presidente, al tiempo que se negaban a organizar a la izquierda de Syriza.

Aunque algunos representantes de la Plataforma de Izquierda expresaron algunas críticas, nunca llevaron su oposición hasta sus últimas consecuencias: la agitación abierta dentro del partido y entre las masas trabajadoras para el repudio de la deuda.

Tras el referéndum, cuando Tsipras dio un giro de 180 grados respecto a sus promesas, los diputados de la Plataforma de Izquierda y sus aliados se negaron a votar a favor del memorándum. Habiendo perdido su mayoría parlamentaria, Tsipras convocó nuevas elecciones.

A continuación, Lafazanis anunció la escisión de la Plataforma de Izquierda del partido. A pesar de su indignación, se trató de una actitud derrotista que, en realidad, facilitó mucho las cosas a Tsipras. La izquierda del partido se negó a librar una batalla seria para arrebatarse el control al ala de Tsipras.

Derrocar a Tsipras en julio era totalmente posible, ya que se encontraba completamente aislado en Syriza. Tsipras perdió el Comité Central (109 de los 201 miembros firmaron una declaración en contra del acuerdo), perdió las agrupaciones del partido y a la juventud de Syriza. Incluso el máximo órgano del partido, el secretariado, protestó.

La Plataforma de Izquierda y sus aliados deberían haber convocado un congreso extraordinario, en el que tenían muchas posibilidades de ganar. Aunque

en julio la Plataforma de Izquierda sugirió la convocatoria de un congreso del partido, lo hizo de forma tímida y sin movilizar a las bases. Además, convocó un «congreso permanente del partido», es decir, una reunión de los delegados del congreso anterior que no hubiera tenido poder para elegir una nueva dirección. Solo la Tendencia Comunista (hoy Organización Comunista Revolucionaria, sección griega de la ICR) llamó a una lucha seria para derrocar a la dirección mediante un congreso extraordinario.

Una vez que Tsipras convocó las elecciones de septiembre, la Plataforma de Izquierda comenzó a organizar un nuevo partido. Esto supuso un divorcio amistoso con Tsipras en lugar de una batalla abierta. ¿Por qué lo hicieron? La respuesta a esta pregunta está relacionada con las limitaciones políticas más amplias de la Plataforma de Izquierda.

La Plataforma de Izquierda abarcaba diferentes matices de opinión, pero el eje principal de su programa puede resumirse en la salida del euro y de la UE dentro del marco del capitalismo. Grecia debía declararse en quiebra, argumentaban Lafazanis y compañía, emitir una nueva moneda para capitalizar sus bancos y nacionalizarlos, y utilizar su soberanía monetaria para aplicar algunas políticas favorables a los trabajadores y estimular el desarrollo capitalista.

La expropiación de la clase capitalista nunca formó parte de su plan. En esencia, se trataba de una variante más «izquierdista» del reformismo, que imaginaba un nuevo tipo de capitalismo griego «progresista» fuera de la UE que no fuera «neoliberal». Era una utopía peligrosa.

La cobardía de la Plataforma de Izquierda y su renuencia a luchar seriamente contra Tsipras se derivaban de su falta de un programa revolucionario.



Plaza Syntagma, Atenas, junio de 2015 (ZUMA Press, Inc. / Alamy)

Derecha: «No» en alemán, Atenas, junio de 2015 (dpa picture alliance / Alamy)

Sin duda, si Grecia se hubiera mantenido firme en las negociaciones con la troika, habría sido expulsada del euro. Pero el caos económico resultante podría haberse frenado con medidas socialistas rápidas y audaces: la expropiación no solo de los bancos, sino también de los sectores clave de la economía, la planificación de la producción para satisfacer las necesidades básicas de la población y la introducción de un monopolio estatal sobre las importaciones y las exportaciones. Estas medidas habrían planteado la cuestión de qué clase detenta el poder en la sociedad griega.

El Estado burgués griego habría sido incapaz de llevar a cabo medidas socialistas. Las altas esferas del ejército, la policía y la administración pública habrían sido el foco de conspiraciones golpistas y sabotajes. Un programa así habría requerido movilizaciones masivas, ocupaciones de fábricas, control obrero y la creación de comités de trabajadores, apoyándose en la energía, la creatividad y la vigilancia de la clase obrera.

Estas medidas habrían allanado el camino para la transformación socialista de la sociedad griega, con un tremendo impacto en toda Europa.

La Unión Europea es una institución capitalista reaccionaria. Debe ser derrocada y sustituida por una federación socialista europea. Por lo tanto, era necesaria una ruptura con Bruselas.

Pero empezar con la exigencia de la salida de Grecia era eludir la verdadera cuestión: ¿socialismo o capitalismo? El confuso programa reformista presentado por

los dirigentes de la Plataforma de Izquierda era totalmente insuficiente. No creían en el socialismo y no tenían fe en la clase obrera. Tampoco creían en sí mismos.

Por eso abandonaron la escena sin oponer una lucha real: porque tenían miedo de tomar el poder. Se contentaron con dejar la patata caliente en manos de Tsipras, formando un pequeño partido reformista de izquierda que salvaguardara sus carreras parlamentarias. Las masas lo vieron claramente y no dieron crédito a Lafazanis y compañía.

EL «EQUILIBRIO DE FUERZAS»

Ante su falta de perspectiva socialista, Stathis Kouvelakis, un destacado teórico de la Plataforma de Izquierda, argumentó que todo lo que se dice sobre «una especie de poder obrero mítico [nótese el tono frívolo] subestima completamente (a) el equilibrio de fuerzas dentro de la sociedad griega y la posición de la izquierda radical propiamente dicha, y (b) confunde un objetivo más estratégico con objetivos y demandas transitorios».¹⁸

Por «objetivo estratégico», Kouvelakis parece dar a entender que el socialismo es un objetivo a largo plazo para un futuro lejano, pero poco realista para el presente.

A su vez, Tsipras y sus apologistas culparon de manera similar al «equilibrio desfavorable de fuerzas en Europa»¹⁹ por obligarlos a aceptar un nuevo rescate. Examinemos este «equilibrio de fuerzas» que intimidó a los reformistas.

Lo primero que destaca en su fatalismo es que los reformistas, incluso los más «izquierdistas», nunca consideraron la

dirección de la clase obrera como un factor activo en el «equilibrio de fuerzas».

Por el contrario, parecen considerar la dirección como un espejo que refleja pasivamente la situación «objetiva» de la sociedad. Si los trabajadores tienen una mala dirección, según esta lógica, es solo porque tienen la dirección que se merecen. Este fatalismo recuerda una de las últimas polémicas de Trotsky sobre la derrota de la Revolución Española, La clase, el partido y la dirección:

«Analicemos una a una las alusiones y semiopiniones de nuestro autor [un autor de la revista pseudomarxista llamada *Que Faire*]. Una política errónea de masas no puede explicarse, según él, más que como la “manifestación de un determinado estado de las fuerzas sociales”, es decir, “la falta de madurez de la clase obrera” y la “falta de independencia del campesinado”. Si le gustan las tautologías, sería difícil encontrarlas más vulgares. ¿Una “política errónea de masas” se explica por su “falta de madurez”? ¿Pero qué es la “falta de madurez” de las masas? Evidentemente es su predisposición a seguir una política errónea. ¿En qué consistía esta política errónea? ¿Quiénes eran los iniciadores? ¿Las masas o los dirigentes? Nuestro autor no dice nada al respecto. Y por esta tautología, traspasa la responsabilidad a las masas. Este clásico truco, utilizado por todos los traidores, los desertores y sus abogados, es especialmente irritante cuando se trata del proletariado español».²⁰

Como señala Trotski, la dirección es, de hecho, un factor decisivo que determina poderosamente el equilibrio de fuerzas. Una dirección revolucionaria audaz habría llevado a un resultado muy diferente en 2015. El fatalismo de los reformistas es una forma de eludir la responsabilidad por su traición, o más bien, de descargar la responsabilidad sobre las masas a las que acaban de traicionar, a las que acusan de «inmadurez».

Los fatalistas de Syriza no son conscientes del carácter autodestructivo de su argumento. Todo el problema, dicen, era que el equilibrio de fuerzas en Grecia y Europa era desfavorable para una ruptura socialista con la Troika. Mejor aferrarse al poder, incluso a costa de sacrificar nuestro programa, pensaron, con la esperanza de que el «equilibrio de fuerzas» mejorara algún día.

Pero, de hecho, la línea que defendieron solo empeoró ese equilibrio de fuerzas al desmoralizar a sus seguidores tanto en el país como en el extranjero. De hecho, el declive de Podemos después de 2015 estuvo en parte relacionado con los acontecimientos de Grecia.

Los años 2010-14 fueron testigos de movilizaciones masivas sin precedentes. En 2015, Syriza llegó al poder y contó con el apoyo de más del 80% del electorado. Más del 61% del electorado votó en contra del acuerdo, rechazando las amenazas y la propaganda de todos los poderes fácticos. Las masas salieron a las calles, no solo para celebrar, sino para luchar.

Cuando se conocieron los resultados del referéndum, la clase capitalista estaba dividida y desorientada. Esto coincidió con una importante ola de radicalización en España, donde Podemos estaba en auge. Los acontecimientos revolucionarios en Grecia habrían sacudido a toda Europa. La conciencia se desarrollaba a pasos agigantados.

Estos cambios repentinos en la conciencia son una característica fundamental de la revolución, en la que el «equilibrio de fuerzas» evoluciona dinámicamente, semana a semana, día a día e incluso hora a hora. Negar que la revolución era posible en esas condiciones es negar la posibilidad de la revolución en general.

Los reformistas, tanto de Syriza como de la Plataforma de Izquierda, replicaron que Grecia era un país pequeño, que corría el riesgo de quedar aislado y que sufriría penurias si tomaba el camino de la revolución. Se parecían al jefe cretense Kambanaros de la famosa novela de Nikos Kazantzakis, El capitán Michalis, que exigía garantías absolutas de victoria antes de embarcarse en cualquier revuelta contra los otomanos, y fue ridiculizado con razón por sus compañeros por su cobardía.

Si buscas garantías absolutas, no debes entrar en política. La victoria es el



producto de la lucha, en la que fuerzas vivas se enfrentan a fuerzas vivas. Sin duda, la revolución griega habría estado aislada durante algún tiempo y habría encontrado dificultades. Pero el capitalismo está condenado a romperse por su eslabón más débil.

Pero el eslabón griego formaba parte de una cadena más larga, y la revolución allí se habría extendido fácilmente más allá de sus fronteras, empezando por España, especialmente si hubiera adoptado una política internacionalista activa. Durante los primeros meses difíciles, la solidaridad de toda Europa habría obstaculizado los intentos de asfixiar la revolución griega.

Todo el discurso sobre el «equilibrio de fuerzas» desfavorable refleja la falta de confianza de los reformistas en la clase obrera, que era su único punto firme de apoyo en su conflicto con la Troika. Sin ella, se sentían sin suelo firme bajo los pies, lo que explica su profunda inseguridad. Este desprecio por la clase obrera era compartido por los dirigentes de la Plataforma de Izquierda.

La amarga verdad es que la clase obrera estaba madura para la revolución en julio de 2015. Era la dirección de Syriza la que no estaba madura: en la izquierda, la derecha y el centro del partido. Las masas podrían haber aplastado al enemigo de clase con el dedo meñique. Pero eran leones liderados por burros. Lo que faltaba era el factor subjetivo, la presencia de una organización revolucionaria de tamaño considerable. En palabras de Trotski:

«El desarrollo de las fuerzas no cesa de modificarse rápidamente bajo el impacto de los cambios de la conciencia del proletariado, de tal manera que las capas avanzadas atraen a las más atrasadas, y la clase adquiere confianza en sus propias fuerzas. El principal elemento, vital, de este proceso es el partido, de la misma forma que el elemento principal y vital del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son de una importancia colosal».²¹

EL KKE Y LA ESTERILIDAD DEL SECTARISMO

En medio de estos grandes acontecimientos, hubo una fuerza política en Grecia que realmente defendía la revolución socialista. El Partido Comunista de Grecia (KKE) agrupa a algunos de los trabajadores y jóvenes con mayor conciencia de clase del país. Durante los años de la crisis, planteó audaces reivindicaciones anticapitalistas. Sin embargo, sus políticas sectarias levantaron un muro entre él y las masas.

El KKE perdió muchos votos en las elecciones de 2012, ya que la mayoría de los trabajadores se orientaron hacia Syriza, que en ese momento pedía un gobierno amplio de izquierda. El KKE criticó a Syriza desde el principio, y muchas de sus críticas a su programa reformista eran totalmente acertadas. Pero fueron formulas de una manera histérica, en lugar de paciente, que no logró resonar entre los votantes de Syriza que el KKE podría haber ganado.

Tras las elecciones de enero de 2015, el KKE debería haber denunciado la alianza con Kamménos, condenado el aplazamiento interminable del programa de Syriza en favor de las negociaciones y ofrecido su apoyo a cualquier medida favorable a los trabajadores que hubiera ayudado a revertir los memorandos y romper con los dictados de la Troika. Esto habría ayudado a desenmascarar a Tsipras y, además, habría encontrado eco entre muchos votantes de Syriza.

El enfoque sectario erróneo del KKE alcanzó su punto álgido en el referéndum de julio. En lugar de llamar a votar NO de forma crítica, ¡llamó a votar en blanco! Equipararon al gobierno y a la Troika:

«El pueblo, a través de su actividad y su elección en el referéndum, debe responder al engaño de la falsa pregunta planteada por el gobierno y rechazar la propuesta de la UE-FMI-BCE y también la propuesta del gobierno de SYRIZA-ANEL».²²

Pero el pueblo vio las cosas de otra manera. En un momento en que la sociedad griega se dividía en dos bandos opuestos,



Protesta contra la austeridad en Syntagma, junio de 2015 (DTRocks / Wiki)

uno que apoyaba el ultimátum de la Troika y otro que se oponía a él, la posición del KKE fue mantenerse al margen de esta batalla, que consideraba una farsa. Si bien es cierto que Tsipras consideraba este conflicto como una forma de obtener una posición más fuerte en las negociaciones, las masas lo percibían como una oportunidad para asestar un golpe a la Troika.

Para que los comunistas ganen a las masas trabajadoras, deben ser capaces de conectar con este estado de ánimo y ayudar al pueblo a sacar todas las conclusiones necesarias. Esta es la verdadera política del leninismo.

El KKE no debería haber suspendido sus críticas al gobierno de Tsipras. Pero lo que la dirección del KKE debería haber dicho a los cientos de miles de personas que se movilizaron contra el ultimátum de la Troika es: estamos con vosotros, lucharemos codo con codo contra la Troika, pero no confiamos en la dirección de Syriza. Incluso si ganamos el referéndum, para acabar con la austeridad debemos repudiar la deuda y romper con el capitalismo.

Así, el KKE se mantuvo al margen durante una batalla de clases decisiva. En consecuencia, fue mirado con desconfianza por quienes votaron valientemente NO. El KKE fue, por lo tanto, incapaz de sacar provecho del descrédito que sufrió el gobierno cuando firmó el tercer memorándum.

De hecho, toda la política del KKE resultó contraproducente e indirectamente ayudó a Tsipras. Con su sectarismo y su distanciamiento, el KKE se negó a asumir ninguna responsabilidad en la lucha de clases, lanzando sus dardos desde una distancia segura.

LA DESCOMPOSICIÓN DE SYRIZA

Tras firmar el tercer memorándum, Tsipras convocó nuevas elecciones en septiembre de 2015, que ganó cómodamente. El KKE no obtuvo ningún avance, rondando el 5%, mientras que la Unidad Popular, liderada por Lafazanis, ni siquiera entró en el Parlamento. A su vez,

los odiados partidos burgueses siguieron perdiendo votos.

¿Cómo es posible que ganara Tsipras, cuando había traicionado todas sus promesas y pisoteado el referéndum? Esto equivale a preguntarse por qué fracasó la Unidad Popular.

Durante cinco meses, Lafazanis había sido ministro en el gabinete de Tsipras, donde se había abstenido de hacer críticas abiertas. Tras la firma del memorándum, Lafazanis y la izquierda del partido abandonaron Syriza indignados. Pero esta escisión no estaba preparada políticamente.

La Plataforma de Izquierda había seguido al gobierno, haciendo críticas veladas aquí y allá, pero sin ofrecer una explicación coherente de la situación. Además, su programa para una salida capitalista de Grecia de la UE, comprensiblemente, no entusiasmó a nadie, ni siquiera a ellos mismos.

Tsipras ofreció la explicación más coherente de los acontecimientos de ese verano: negociamos lo mejor que pudimos, pero la Troika nos aplastó y, habiendo prometido no salir del euro, no tuvimos más remedio que aceptar el memorándum, que prometemos aplicar de la forma más justa y humana posible.

Lafazanis y Unidad Popular, que habían guardado silencio en los meses anteriores, no pudieron responder de forma convincente a estos argumentos. Las masas no rompen fácilmente con sus viejas organizaciones.

En palabras de Trotsky: «sólo sobre la base de su propia experiencia a través de las distintas etapas, las capas más amplias de las masas acaban por convencerse de que la nueva dirección es más firme, más segura, más leal que la antigua».²³ Lafazanis no era ni más firme ni más fiable.

En las elecciones de septiembre de 2015, la oposición al tercer memorándum se expresó principalmente a través de la abstención, que aumentó en 7,5 puntos porcentuales.

Con el tiempo, la autoridad de Tsipras se desmoronó. Syriza aplicó íntegramente

el nuevo memorándum, con nuevas rondas de recortes. Como era de esperar, finalmente perdió las elecciones de 2019 frente a la Nueva Democracia de Kyriakos Mitsotakis, que desde entonces se ha mantenido firmemente en el poder.

Muchos ex izquierdistas de Syriza hablan hoy de un giro «estructural» a la derecha en la sociedad griega. Su lógica es la siguiente: las masas no estaban preparadas para una revolución en 2015, por lo que las condiciones objetivas para la lucha eran desfavorables para la dirección de Syriza. Tras los acontecimientos de 2015, las masas se desmoralizaron y, supuestamente, giraron a la derecha.

El objetivo de este sofisma es exculpar a los reformistas. Pero la verdad es todo lo contrario: fue la traición de los reformistas la que preparó las condiciones para el regreso de la derecha. Las masas lucharon como leones, mostrando un coraje y una determinación extraordinarios. Se levantaron sin su dirección y, en ocasiones, en contra de ella. Todo el honor es para la clase obrera griega. No se le podía pedir más.

Lo que faltó fue una dirección revolucionaria adecuada, que es el factor crucial en la situación.

Casi una década después del referéndum, ninguno de los problemas fundamentales se ha resuelto. Aunque la deuda griega ha caído desde su máximo del 210% del PIB en 2020, sigue siendo extremadamente alta, del 142%. Se está preparando una nueva crisis.

La clase obrera vuelve a moverse. Su dirección revolucionaria debe forjarse antes de que se produzcan los acontecimientos decisivos. Esta es la tarea que se ha fijado la Internacional Comunista Revolucionaria, tanto en Grecia como a nivel internacional. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc40
o escanea el código QR



LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS ALEMANES:

UNA REVOLUCIÓN PARA TRAER EL CIELO A LA TIERRA

La Guerra de los Campesinos Alemanes de 1524-1526 fue uno de los episodios más importantes de la Reforma protestante. Quinientos años después, **Lukas Kutschera** explica los orígenes de este monumental levantamiento de los oprimidos, por qué fue derrotado y el impacto que tuvo en la historia tanto de Alemania como de Europa en su conjunto.

Este año se cumple el 500 aniversario del apogeo de la Guerra de los Campesinos Alemanes de 1524-1526. Durante la guerra, las masas oprimidas tanto de las ciudades como del campo se levantaron contra el decadente orden feudal. La derrota de los rebeldes en mayo-junio de 1525 dejaría una huella indeleble en la historia de Alemania y de toda Europa.

La Guerra de los Campesinos fue un acontecimiento crucial en la Reforma

protestante, que Friedrich Engels consideró una de las etapas más importantes de la lucha de la burguesía europea contra el feudalismo, junto con la Guerra Civil Inglesa (1642-1651) y la Revolución Francesa (1789-1794). De hecho, describió la Reforma como la primera revolución burguesa de la historia.

Lo que comenzó como un conflicto entre Martín Lutero, monje y profesor de teología alemán, y la Iglesia católica romana, desencadenó una conflagración

revolucionaria en la Europa moderna. En los Países Bajos, la Reforma llevó al poder a la burguesía, cuando los protestantes calvinistas conquistaron la independencia de sus gobernantes católicos españoles y fundaron la República de las Siete Provincias Unidas en 1581. Sin embargo, casi seis décadas antes se produjeron revueltas masivas en el sur y el centro de Alemania, así como en Austria, Alsacia y Suiza.

Los campesinos entraron decididamente en la escena de la historia. Y, como





escribió Engels: «los campesinos sublevados y, tras ellos, los comienzos revolucionarios del proletariado moderno, ya con la bandera roja en la mano y el comunismo en los labios».¹

A medida que el movimiento se desarrollaba, sectores de los explotados fueron más allá de la lucha contra la Iglesia y comenzaron a atacar el propio sistema feudal, predicando algunos una forma primitiva de comunismo. La Guerra de los Campesinos Alemanes anticipó así las futuras luchas de clases entre la burguesía y el proletariado.

Los oprimidos comenzaron a tomar su destino en sus propias manos. Se organizaron, probaron programas y métodos, y sacaron conclusiones radicales de sus experiencias. Decenas de miles de héroes, en su mayoría anónimos, perdieron la vida en esta lucha.

Cuando las masas entraron en escena con sus propias reivindicaciones, la Reforma en Alemania se dividió en dos bandos, el de los que tenían propiedades y el de los que no las tenían. Lutero y la burguesía urbana se pusieron del lado de la nobleza protestante. Esta última, de hecho, se alió con los nobles católicos, con quienes compartía los mismos intereses de clase, para reprimir brutalmente a los campesinos y sus aliados. Así, la primera revolución burguesa no

El triunfo de la muerte (hacia 1562), Pieter Bruegel el Viejo

Derecha: El Sacro Imperio Romano Germánico hacia 1400

Página anterior: *Episodio de la Guerra de los Campesinos Alemanes (El conde Helfenstein a los pies de su castillo en llamas, burlado por los campesinos)* (hacia 1867), Hermann Eichle

terminó con la toma del poder por parte de la burguesía.

Engels se interesó mucho por la Reforma. En 1850 publicó el panfleto *La guerra de los campesinos en Alemania*, en el que señalaba las similitudes entre la revolución histórica de Alemania en 1525 y la de 1848-49. En la revolución de 1848, la burguesía alemana volvió a pactar con la nobleza por miedo a las masas, en lugar de llevar la lucha contra el feudalismo hasta sus últimas consecuencias. Engels declaró:

«Las propias clases y fracciones de clases que traicionaron el movimiento de 1848 y 1849 son las que encontramos como traidoras en 1525 aunque en una etapa inferior de su desarrollo».²

La obra es un hito en el desarrollo del marxismo. Por primera vez, el método del materialismo histórico se aplicó a acontecimientos del pasado remoto. El estudio de la Guerra de los Campesinos y del panfleto de Engels siguen ofreciendo importantes lecciones a cualquiera que desee comprender el marxismo y la lucha de clases.

UN MUNDO EN CONVULSIÓN

Las revoluciones surgen cuando las relaciones de producción —como las que existen entre terratenientes y campesinos, o entre esclavos y esclavistas— inhiben el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad, es decir, la ciencia, la industria y la técnica. Esta contradicción fue la fuerza motriz de la Reforma y la Guerra de los Campesinos. En aquella época, estaban madurando nuevas relaciones capitalistas más productivas. Sin embargo, el orden feudal se interponía en su desarrollo. La sociedad se encontraba en un callejón sin salida, del que se hicieron dolorosamente conscientes sectores cada vez más amplios de la población.

En el siglo XVI, Alemania era una sociedad feudal organizada jerárquicamente, fragmentada en más de 300 pequeños estados del Sacro Imperio Romano Germánico. Formalmente, el emperador estaba a la cabeza de esta sociedad. A diferencia de Inglaterra o Francia, sin embargo, apenas existía una autoridad central en el Imperio, ya que el nivel de desarrollo económico y los intereses resultantes de

las distintas provincias eran demasiado dispares para permitir la centralización.

Los príncipes seculares y eclesiásticos de los más grandes de los pequeños estados alemanes se beneficiaron de esta situación. Estos altos nobles ampliaron sus territorios hasta convertirlos en estados absolutistas casi independientes, con ejércitos permanentes y burocracias estatales independientes. Esto les permitió ampliar su poder en relación con el emperador, así como con la nobleza media y baja y las ciudades.

Este desarrollo tuvo consecuencias revolucionarias. Mantener a los mercenarios y a los funcionarios costaba dinero. Incluso aquellos que querían oponerse a los esfuerzos de los príncipes o seguirles el ritmo en su pompa tenían que encontrar el dinero. Por ejemplo, con la invención de la pólvora, las armas de fuego comenzaron a convertirse en el medio más importante de guerra. Pero solo los más ricos podían permitirse estas armas.

El modo de producción feudal se basaba en la explotación del campesinado, originalmente mediante el pago de bienes en especie, como el diezmo —un impuesto del 10% de la producción anual, pagado al clero— y la realización de trabajos no remunerados en las fincas de los

terratenientes, los llamados «Frondienst». Estas formas de explotación servían para mantener a la nobleza, al clero y a los gobernantes de las ciudades. Los campesinos, por su parte, vivían de los alimentos que cultivaban para sí mismos, además de trabajar para sus señores.

Había diferentes grados de explotación. Los siervos en Alemania eran casi esclavos de sus terratenientes, sin apenas derechos. También había siervos que gozaban de algunas libertades personales, pero que aún así tenían que trabajar para su terrateniente, y los arrendatarios libres, que solo tenían que pagar el alquiler. Sin embargo, la necesidad cada vez mayor de dinero de la clase dominante creó una enorme presión para privar de derechos y explotar aún más al campesinado en su conjunto.

A finales del siglo XV, las condiciones de los campesinos se habían vuelto intolerables. Los terratenientes exprimían a los campesinos hasta el límite. Inventaron innumerables impuestos y servicios nuevos, prohibieron la emigración, restringieron el uso de las tierras comunales en las aldeas e incluso encarcelaban a los siervos y a los campesinos libres para obligarlos a la servidumbre. Allí, los terratenientes podían someter a los

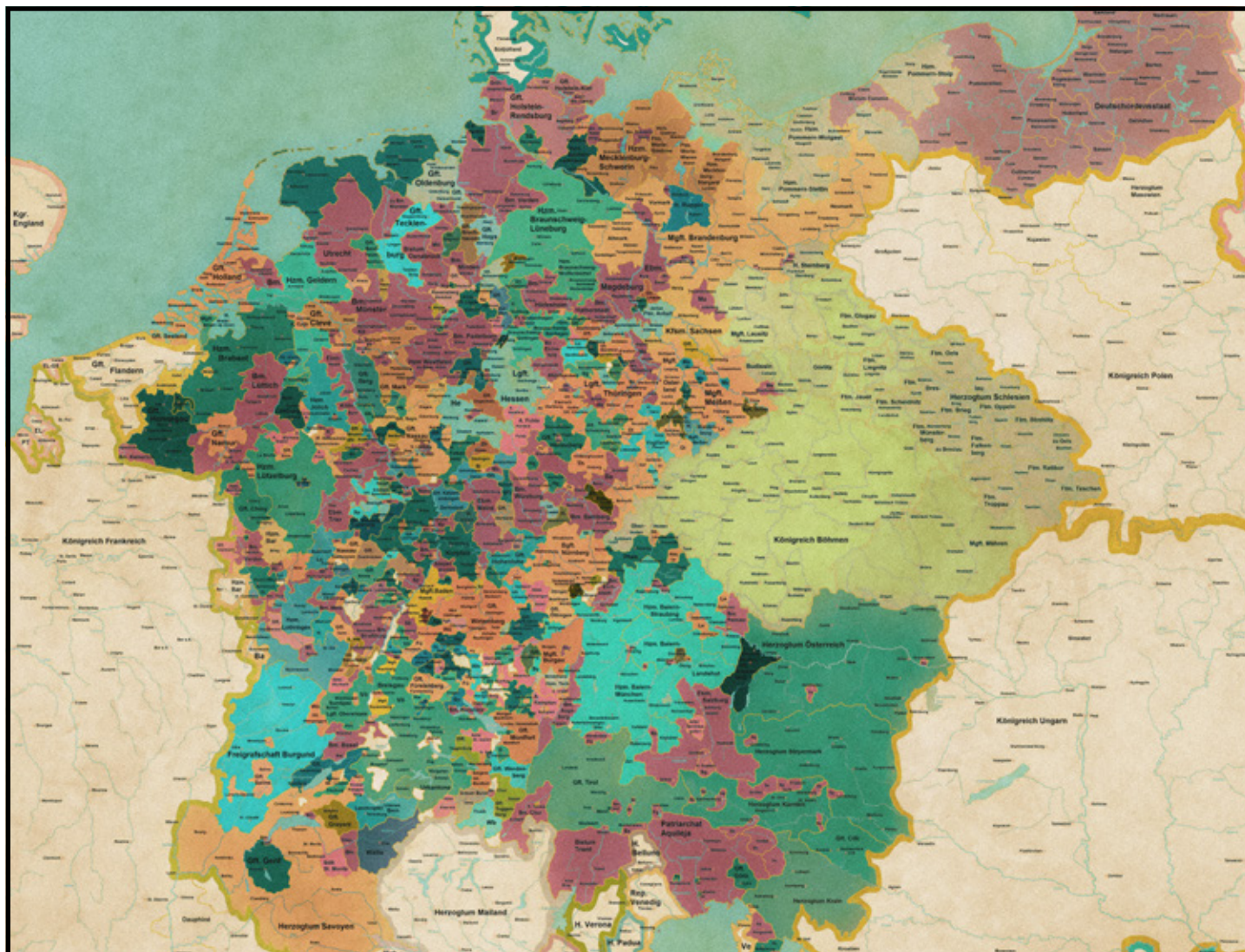
campesinos a las torturas más brutales con total impunidad.

Las formas de «justicia» de los señores iban desde torturas como cortar las orejas, cortar la nariz, sacar los ojos, estirar en el potro, cortar los dedos y las manos, hasta ejecuciones por decapitación, «romper en la rueda», hierros al rojo vivo y «descuartizar». Cuando la muerte liberaba por fin al campesino de su tormento terrenal, los familiares supervivientes tenían que entregar una gran parte de su herencia al terrateniente.

Al mismo tiempo, los gobernantes reestructuraron el sistema judicial a su favor. Anteriormente, en muchos lugares, los concejales de la comunidad rural llevaban a cabo los juicios ellos mismos y de acuerdo con el derecho consuetudinario local. Ahora los señores empleaban abogados profesionales y codificaban la ley, naturalmente de acuerdo con sus propios intereses explotadores.

EL DESARROLLO BURGUÉS

Para sacar provecho del excedente exprimido a los campesinos, los señores tenían que venderlo en forma de mercancías. Esto benefició principalmente a las ciudades y a su burguesía. Allí surgió el capitalismo mercantil y manufacturero.





Mientras que los gremios medievales seguían siendo dominantes, ya se estaban desarrollando los primeros indicios del trabajo asalariado. Por ejemplo, en forma del llamado sistema de «trabajo a domicilio», que estaba especialmente extendido en la industria textil. O en la minería, que floreció en las actuales regiones de Turin y Sajonia.

La creciente extracción de metales preciosos tuvo consecuencias de gran alcance, y no solo porque el oro y la plata satisfacían la creciente demanda de dinero. Como explicó Karl Kautsky, la minería también impulsó la producción de bienes en el campo, además de en las ciudades donde se procesaban los metales. Se necesitaban alimentos para abastecer a los mineros. Se necesitaba madera para los pozos, las vías férreas y la combustión de los minerales.

En La guerra de los campesinos en Alemania, Engels escribió que la producción nacional alemana no podía seguir el ritmo del auge de otros países. Pero en una carta a Kautsky en 1889, en la que elogiaba sus análisis sobre la importancia de la minería, cambió radicalmente su valoración:

«Me di cuenta claramente [...] de hasta qué punto la producción de oro y plata en Alemania [...] proporcionó el impulso final que, entre 1470 y 1530, situó a Alemania a la cabeza de la economía europea, convirtiéndola así en el centro de la primera revolución burguesa, bajo la apariencia religiosa de la llamada Reforma. El impulso definitivo en el sentido de que los gremios artesanales y el comercio por encargo alcanzaron un nivel de desarrollo relativamente avanzado, lo que inclinó la balanza a favor de Alemania en detrimento de Italia, Francia o Inglaterra».³

Las familias empresariales alemanas, como los Fugger y los Welser, se encontraban entre las más poderosas del mundo. Acumularon una enorme riqueza, que prestaban a la Iglesia, a los emperadores y a los príncipes. Sin embargo, debido a estas relaciones comerciales, estaban estrechamente vinculados a los gobernantes feudales y gozaban de ciertos privilegios. Este favoritismo hacia facciones individuales dividió a la burguesía.

La gran burguesía, o «patricios», también concentró el poder en sus manos a través del control monopolístico de los ayuntamientos. La pequeña y mediana burguesía exigía participar en este poder político. Los trabajadores urbanos y los pobres no tenían derechos civiles y, por lo tanto, estaban excluidos de cualquier forma de representación. Los patricios se enfrentaban así a una oposición burguesa y también a una oposición revolucionaria-plebeya de los explotados.

LOS GRILLETES DEL PROGRESO

La sociedad del siglo XVI en el Sacro Imperio Romano Germánico era una «una masa sumamente confusa con intereses divergentes y en todo contradictorios».⁴ Sin embargo, muchas clases entraron en conflicto con el antiguo orden, aunque por diferentes razones.

Nada encarnaba esto mejor que la Iglesia católica, que Engels describió como el «gran centro internacional del feudalismo»:

«Rodeó a las instituciones feudales del halo de la consagración divina. También ella había levantado su jerarquía según el modelo feudal, y era, en fin de cuentas, el mayor de todos los señores feudales, pues poseía, por lo menos, la tercera parte de toda la propiedad territorial del mundo católico. Antes de

poder dar en cada país y en diversos terrenos la batalla al feudalismo secular, había que destruir esta organización central santificada».⁵

La pomposidad de los obispos, los abades y su ejército de monjes alimentaba el odio hacia el clero entre la nobleza, la burguesía y los explotados, tanto en las ciudades como en el campo. Los lucrativos cargos de la Iglesia eran otorgados por el papa, no por la nobleza alemana. A menudo recaían en extranjeros. El clero sacaba dinero de los bolsillos de la población mediante impuestos eclesiásticos, la llamada venta de indulgencias (es decir, la remisión del castigo de los pecados a cambio de dinero) o la venta de imágenes falsificadas de santos y reliquias. Los altos clérigos también eran propietarios de tierras. De este modo, una parte importante de la riqueza iba a parar a Roma o a sus lacayos.

La Iglesia católica obstaculizó así el desarrollo de las fuerzas productivas en el imperio. Al mismo tiempo, fue perdiendo cada vez más las funciones sociales que había desempeñado en el pasado. El desarrollo de la burocracia principesca, las exigencias del comercio en auge y la invención de la imprenta socavaron su monopolio no solo sobre la lectura y la escritura, sino también sobre la educación y la administración.

No obstante, la religión era el pilar ideológico de la sociedad. Engels lo explica así:

«El dogma de la Iglesia era al mismo tiempo axioma político y los textos sagrados tenían fuerza de ley en todos los tribunales.»⁶

Los gobernantes la utilizaban para justificar su posición. Por ejemplo, el papa coronaba al emperador. La teología se utilizaba como base para el estudio y la interpretación de la filosofía, la política y la justicia.

MARTÍN LUTERO

En las condiciones de la época, era inevitable que todo movimiento social y político contra el feudalismo tuviera que adoptar primero una forma teológica. Engels escribió:

«Desde el siglo XIII hasta el XVII, todas las reformas y las luchas que se libraron en nombre de la religión no fueron, en teoría, más que intentos repetidos de la burguesía, los plebeyos urbanos y el campesinado que se rebeló junto con ellos, de adaptar la antigua cosmovisión teológica a las nuevas condiciones económicas y a la posición de la nueva clase».⁷

El contenido de clase de la Reforma radicaba en la lucha por la interpretación de la religión cristiana a favor de la burguesía emergente. Sin embargo, debido a la feroz reacción del papa y del emperador a sus críticas a la venta de indulgencias, Lutero se convirtió en una figura simbólica contra el antiguo orden y, por lo tanto, en un centro de atracción no solo para la burguesía, sino para todas las fuerzas opositoras. En enero de 1521, Lutero fue expulsado de la Iglesia católica por una bula papal de excomunión, y en abril de ese año el emperador Carlos V lo convocó a la Dieta de Worms, donde fue llamado a responder por su herejía.

Lutero solo había defendido una reforma de la venta de indulgencias en sus «95 tesis» del 31 de octubre de 1517, y no su abolición total. Sin embargo, se radicalizó como consecuencia de su conflicto con Roma y de la simpatía que le profesaba el pueblo. Ya en 1520 predicaba la rebelión armada contra la Iglesia católica:

«Me parece que si los romanistas están tan locos, el único remedio que queda es que el emperador, los reyes y los príncipes se armen con fuerza para atacar a estas plagas del mundo y combatirlos, no con palabras, sino con acero».⁸

Lutero no solo arremetió contra el clero, sino que más tarde también contra el emperador y los príncipes que no se habían unido a él. Parte de la nobleza también se unió a su causa con el fin de enriquecerse con los bienes de la Iglesia y romper con la influencia tanto del papa como del emperador. Como resultado, no solo muchas ciudades, sino también principados enteros se convirtieron al protestantismo.

En la Dieta de Worms se impuso la proscripción imperial a Lutero. Esto significaba que se prohibía la lectura y la distribución de sus escritos. El propio Lutero fue considerado fuera de la ley. Sin embargo, el elector Federico de Sajonia acogió a Lutero en el castillo de Wartburg, donde trabajó, entre otras cosas, en la traducción de la Biblia al alemán. Esta estrecha relación con parte de la nobleza explica por qué Lutero no siguió sus palabras radicales con actos revolucionarios.

LAS MASAS

Con la Reforma, la sociedad se dividió en tres grandes bandos, descritos por Engels como «el católico o reaccionario, el luterano, burgués-reformista y el revolucionario»⁹. Sin embargo, solo en el transcurso de la Guerra de los Campesinos se puso de manifiesto la división dentro de la oposición al catolicismo.

Al fin y al cabo, los elementos revolucionarios también se unieron inicialmente a Lutero. Con su traducción de la Biblia, «frente a la sociedad feudal en descomposición había descrito una sociedad que desconocía la jerarquía feudal, compleja y artificiosa».¹⁰

Aunque Lutero se preocupaba exclusivamente por la libertad religiosa, las masas explotadas interpretaron sus escritos, como Sobre la libertad del cristiano, de forma secular. Al fin y al cabo, el reformador no solo había predicado contra el clero, sino también contra la nobleza. Los oprimidos se sumaron así a la causa de la libertad frente al despotismo feudal, que justificaban usando a Lutero y la Biblia.

Incluso antes de la Guerra de los Campesinos, se habían multiplicado las revueltas campesinas, como el movimiento Bundschuh o el «Pobre Conrado», pero seguían siendo localizadas. Las condiciones diferían demasiado de un lugar a otro como para que se unieran en un levantamiento general. Sus conspiraciones aisladas solían ser delatadas a las autoridades, que perseguían a los capturados con las torturas más brutales.

Sin embargo, con sus ideas y su traducción de la Biblia, Lutero proporcionó a los oprimidos el punto de partida de un marco ideológico unificado para sus diversas reivindicaciones y objetivos. Sobre esta base, el levantamiento pudo extenderse en 1525.

La Guerra de los Campesinos comenzó como un asunto local. En el verano de 1524, los campesinos de Stühlingen, en la Selva Negra, se levantaron. Según la leyenda, el Landgrave Segismundo II ordenó a sus súbditos que recogieran caracolas en el bosque para que su esposa las utilizara como carretes para el hilo. Esta fue la gota que colmó el vaso. Armados, los campesinos marcharon frente al castillo de su señor para protestar contra este trabajo arbitrario y los impuestos excesivos.

En abril de 1525, el levantamiento se había extendido. En el sur de Alemania y Turingia, así como en partes de Sajonia,

Handlung/Artickel vnnnd Instruktion/ so fürgendmen worden sein vnnn allen Rottenn vnnnd hauffen der Bauern/ so sich besamen verpflicht haben: M: D: xxv:



El folleto de los Doce Artículos de 1525

Izquierda: Lutero clava sus 95 tesis en la puerta (1872), Ferdinand Pauwels

Alsacia, Suiza y Austria, los campesinos tomaron las armas y se negaron a trabajar y a pagar impuestos. En muchos lugares se les unieron los trabajadores urbanos y los pobres. En algunas zonas, la burguesía y la baja nobleza también apoyaron las reivindicaciones de los campesinos, a menudo por coacción o por cálculo de poder, pero a veces por sincera simpatía.

Los rebeldes invocaban la ley superior y «divina» de la Biblia, que contraponían a los abusos arbitrarios de las autoridades seculares y eclesiásticas. Las ideas de la Reforma sirvieron de nexo de unión en el movimiento. Con el fin de controlar la interpretación de las Sagradas Escrituras, se extendió la demanda de que los pastores fueran elegidos por la congregación. A menudo se pedía a eruditos protestantes como Lutero y sus seguidores que decidieran sobre la legitimidad de estas cuestiones.

A pesar de su radicalismo anterior, al comienzo de la Guerra de los Campesinos, Lutero comenzó a desempeñar un papel mediador. Engels escribió:

«Arremetió contra los gobiernos atribuyéndoles la culpa de la insurrección por la opresión que ejercían. Según él los campesinos no eran los que oponían la resistencia, sino el mismo Dios. De otra parte, la sublevación era también impía y contraria al Evangelio. Finalmente aconsejó a ambos bando».¹¹

Sin embargo, Lutero se volvió aún más reaccionario cuando el levantamiento se extendió a las zonas protestantes y se radicalizó cada vez más. Un punto de inflexión fue la llamada «masacre de Weinsberg». El domingo de Pascua, 17 de abril de 1525, los campesinos asaltaron el castillo del conde Ludwig von Helfenstein y se vengaron de décadas de opresión, explotación y maltrato. El conde y sus acompañantes fueron ejecutados.

Ante la energía revolucionaria de los oprimidos, que también se dirigía contra sus protectores, Lutero olvidó todas sus antiguas enemistades. Ahora pedía a las autoridades, tanto católicas como protestantes, que no mostraran piedad con los rebeldes. Su famoso panfleto incendiario, *Contra las hordas asesinas y ladronas de campesinos*, dice:

«Hay que despedazarlos, degollarlos y apuñalarlos, en secreto y en público; ¡y los que puedan que los maten como se mata a un perro rabioso! [...] Por esto, queridos señores, oídme y matad, degolladlos sin piedad; y aunque muráis ¡cuán dichosos seréis! pues jamás podríais recibir una más feliz muerte».¹²

Lutero negaba ahora no solo la Guerra Campesina, sino también cualquier rebelión contra las autoridades, a pesar de que él mismo la había predicado anteriormente. El reformador también volvió la Biblia contra el movimiento. Engels explicó que, con el evangelio, Lutero justificaba «la monarquía por la gracia de Dios,

la obediencia pasiva y hasta la servidumbre».¹³ Engels habló de un himno de alabanza «a las autoridades ordenadas por Dios, una hazaña difícilmente superada por cualquier lacayo de la monarquía absoluta». El bando burgués que rodeaba a Lutero se había opuesto expresamente al levantamiento.

LOS HAUFEN

La Reforma despertó espíritus que atemorizaron a las clases propietarias, tanto católicas como protestantes. En la Guerra de los Campesinos, los oprimidos comenzaron a organizarse, inicialmente contra sus terratenientes locales. Los Haufen («montonera»), como se llamaban las unidades militares de los insurgentes, eran organizaciones democráticas a nivel local o regional. Elegían capitanes como líderes, que eran responsables ante las tropas.

Este tipo de control democrático permitió aprovechar el entrenamiento militar y la experiencia de los nobles que se habían unido al levantamiento. Por ejemplo, Götz von Berlichingen «de la mano de hierro», un caballero imperial inmortalizado en la obra homónima de Goethe, lideró el Haufen de Neckartal-Odenwälder, y Florian Geyer lideró el Schwarzer Haufen.

En general, los Haufen también se organizaron a nivel nacional, por ejemplo, en la Alta Suabia para formar la «Asociación Cristiana». Cuando se fundó en Memmingen a principios de marzo de

1525, la organización democrática de la resistencia en forma de liderazgo elegido se estableció en la «Orden Federal»:

«Así, de cada grupo de esta asociación se nombrará y enviará un líder y cuatro consejeros; ellos tendrán autoridad para actuar junto con otros líderes y consejeros como les convenga, de modo que la congregación no tenga que estar reunida todo el tiempo».¹⁴

En abril de 1525, alrededor de 1000 representantes de los Haufen de Franconia aprobaron en Ochsenfurt el «Reglamento de Guerra», que establecía:

«El capitán supremo del campo será elegido por el Haufen Común Brillante para tener autoridad sobre todo el pueblo, al que todos estarán sujetos y obedecerán, pero con la orden de que el mismo capitán supremo del campo no decidirá nada ni actuará sin el conocimiento y la voluntad de los capitanes y consejeros ordenados, que son o serán ordenados por todo el Haufen».¹⁵

Estas alianzas democráticas eran revolucionarias en sí mismas. Temporalmente, los insurgentes de regiones enteras tenían su destino en sus propias manos. Los campesinos, los trabajadores y los pobres podían discutir sus próximos pasos. Y allí donde los poderes feudales habían sido derrotados, esta autoorganización de las masas tenía el potencial de sustituir a la antigua administración.

¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

Como tantas veces en la historia, se planteó la pregunta decisiva: ¿reforma o revolución? La Asociación Cristiana de Memmingen también adoptó los Doce Artículos en marzo de 1525. Fue el panfleto más difundido de la Guerra de los Campesinos.

Basados en la interpretación de la Biblia por parte de las masas oprimidas, los Doce Artículos atacaban los fundamentos del feudalismo. Defendían la abolición del diezmo, la reducción del trabajo no remunerado que los siervos tenían que realizar en las fincas de sus señores y el restablecimiento de antiguos derechos, como el derecho a cazar y el uso de las tierras y bosques comunales. También se incluía como reivindicación la elección de los pastores por parte de la congregación.

La referencia a la Reforma y su función como elemento unificador se aprecia claramente en este escrito, el más popular de la Guerra de los Campesinos. Las reivindicaciones se justificaban con la «ley divina», que hacía que los artículos fueran universalmente aplicables.

Sin embargo, en el tercer artículo, dirigido contra la servidumbre como la forma más severa de explotación feudal, queda claro el tono conciliador del programa. Aunque, según la Biblia, Jesús redimió a todas las personas por igual con su muerte

De la portada de un folleto anónimo de mayo de 1515: los campesinos están a la izquierda, los nobles y prelados a la derecha, y en el centro hay una «rueda de la fortuna», a la que está atado el papado

A la derecha: Georg, Truchsess von Waldburg, comandante del ejército de la Liga Suaba que desempeñó un papel destacado en la derrota de los campesinos



en la cruz y, por lo tanto, «somos libres y estamos dispuestos», el artículo afirma:

«No es que deseemos ser absolutamente libres y no estar sometidos a ninguna autoridad. Dios no nos enseña que debamos llevar una vida desordenada, entregados a los deseos de la carne, sino que amemos al Señor nuestro Dios y a nuestro prójimo. [...] No nos ha mandado que no obedezcamos a las autoridades, sino que seamos humildes, no solo con los que tienen autoridad, sino con todos».¹⁶

Los Doce Artículos expresaban la esperanza de las masas de tener voz y voto mediante un compromiso con las autoridades, aunque sus reivindicaciones iban dirigidas contra la base de su poder. Los campesinos no formaban un bloque unificado. Algunos de ellos aún tenían algo que perder. Además, la burguesía propietaria también participó en la formulación de las reivindicaciones. Esto se debía a que la ciudad de Memmingen se había unido a la Asociación Cristiana.

Aunque los Doce Artículos fueron el punto de partida programático de muchos Haufen, en la práctica el levantamiento a menudo fue más allá. La masacre de Weinsberg es solo un ejemplo de cómo la Guerra de los Campesinos pudo convertirse en una guerra revolucionaria de exterminio contra las autoridades. En muchos lugares se incendiaron castillos, palacios y monasterios.

Ya al comienzo del levantamiento había facciones radicales entre los insurgentes. La «Carta de los Artículos», redactada antes de los Doce Artículos, pedía la exterminación de los gobernantes si se negaban a unirse. Otros llegaron a conclusiones revolucionarias a través de la experiencia práctica con la intransigencia y el engaño de sus amos.

En general, la situación era dinámica: los moderados y los radicales cambiaban de bando, mientras se forjaban y se disolvían alianzas entre los bloques. El particularismo local y la inexperiencia política dificultaban la unidad del movimiento a largo plazo.

El horizonte de los rebeldes solía limitarse a su propio pueblo o localidad rural. Viajar era peligroso, costaba dinero y tiempo, y ni siquiera estaba permitido a los siervos. La mayoría de la población no tenía acceso a la educación ni a las noticias. Además, era principalmente el terrateniente local quien hacía de la vida un infierno. Si ofrecía concesiones, los explotados solían bajar las armas y volver a casa, solo para ser masacrados después.

En lugar de darse cuenta de que era una cuestión de vida o muerte, los rebeldes a menudo se negaban a ayudar a quienes deberían haber sido sus compañeros de armas en el pueblo o la ciudad vecina. A cambio de supuestas concesiones, a veces

incluso participaban en la represión del levantamiento. A esto se sumaba la fragmentación de la sociedad en una multitud de clases y estratos con intereses diferentes, a menudo contradictorios, lo que impedía alianzas duraderas incluso entre los oprimidos.

EL PROGRAMA DE HEILBRONN

En mayo de 1525, sin embargo, se intentó unir el levantamiento en un movimiento nacional con un programa común. Se formó una asamblea campesina en la ciudad de Heilbronn, a la que se enviaron representantes de los distintos grupos para discutir sus reivindicaciones comunes.

El resultado de estas negociaciones, el llamado «Programa de Heilbronn», abogaba por una completa transformación de la sociedad feudal tras la Reforma. Sin embargo, también se caracterizó por la constatación de que ninguno de los estamentos estaba lo suficientemente desarrollado como para llevar a cabo esta revolución por sí solo. Por lo tanto, el programa tenía como objetivo ganarse a la nobleza y la burguesía para el movimiento haciéndoles concesiones.

En este sentido, el programa exigía la superación de la fragmentación económica del Sacro Imperio Romano Germánico mediante el establecimiento de la unidad monetaria, de los pesos y medidas, y la abolición de los derechos de aduana. Esto habría supuesto la creación de un mercado nacional, que

habría beneficiado principalmente a la burguesía.

Se hicieron concesiones a la nobleza. Los siervos y los siervos por deuda no iban a ser simplemente liberados, sino que debían pagar una indemnización a los terratenientes en concepto de compensación. Engels señaló que esto tenía como objetivo, en última instancia «la transformación de la propiedad feudal en propiedad burguesa del suelo».¹⁷

El Programa de Heilbronn anticipó así la liberación de los campesinos en Francia en la década de 1790, que se llevó a cabo de manera similar en el resto de Europa continental en el siglo XIX. Esta habría sido la mejor solución para el desarrollo del capitalismo. Al no poder permitirse su «rescate», la mayoría de los campesinos habrían tenido que hipotecar sus tierras a tipos usurarios o perderlas por completo, creando una clase más amplia





Ilustración de Thomas Müntzer por Romeyn de Hooghe, 1701

Derecha: El líder campesino Jäcklein Rohrbach es quemado vivo en Neckargartach, hacia 1525

Bajo el liderazgo de Georg Truchsess von Waldburg, la contrarrevolución sembró la destrucción en toda la región. El 4 de abril de 1525, miles de rebeldes murieron en la batalla de Leipheim. Con el Tratado de Weingarten, firmado el 17 de abril de 1525, la mayor parte de los Haufen de la Alta Suabia pusieron fin a los combates a cambio de la promesa de que, en adelante, se les permitiría convocar un tribunal de arbitraje en caso de disputas con los gobernantes. No obtuvieron ninguna concesión en materia de impuestos y trabajo.

En la batalla de Böblingen, el 12 de mayo de 1525, la Liga Suaba derrotó a una unión de 12.000 Haufen. Mientras tanto, fracasaron los intentos de asaltar la fortaleza de Marienberg en Würzburg. Con la derrota en Königshofen el 2 de junio de 1525, la Guerra de los Campesinos en el sur de Alemania llegó a su fin.

THOMAS MÜNTZER

Los rebeldes también fueron derrotados en lo que hoy es Turingia. Una coalición entre el Landgrave protestante Felipe de Hesse y el duque católico Jorge de Sajonia los derrotó en la batalla de Frankenhau sen el 15 de mayo de 1525. Mercenarios y jinetes se enfrentaron a campesinos armados principalmente con herramientas. A pesar de ello, la contrarrevolución recurrió a una artimaña: acordaron una tregua, que luego rompieron. Como resultado, los rebeldes sufrieron al menos 6.000 bajas, mientras que solo murieron seis mercenarios del ejército de los príncipes.

Turingia había sido un bastión de los radicales. En Mühlhausen, la oposición plebeya había derrocado al antiguo consejo patricio de la ciudad en marzo de 1525 y había transferido el gobierno al recién elegido «Consejo Eterno», en el que el predicador comunista Thomas Müntzer desempeñaba un papel importante.

Como sacerdote reformado, Müntzer fue inicialmente partidario de Lutero. Incluso fue nombrado por él primer predicador protestante en Zwickau en 1520. Como explica Engels:

«Pero no propugnaba la discusión pacífica y el progreso legal como ya lo hacía Lutero, sino que siguió predicando la violencia, llamando a los príncipes sajones y al pueblo a la intervención armada contra los curas romanos».¹⁸

Un ejemplo de ello fue el castillo de Allstedt, donde pronunció el revolucionario «Sermón a los príncipes» ante Juan de Sajonia y su hijo Juan Federico el 13 de julio de 1524. Müntzer vociferó:

de trabajadores «libres» y sin propiedad, aptos para la explotación capitalista.

Sin embargo, el Programa de Heilbronn no se llevó a cabo. Amenazados por la alianza de los campesinos con la facción revolucionaria-plebeya, la oposición burguesa y los patricios de las ciudades se unieron de nuevo. La mayoría de las ciudades que se habían sumado al levantamiento o se habían mantenido neutrales se opusieron a él.

Mientras tanto, la contrarrevolución feudal ganaba cada vez más terreno. Los príncipes protestantes y católicos

reconocieron sus intereses de clase comunes y actuaron de forma unida contra el levantamiento.

En el sur de Alemania, los insurgentes sufrieron derrotas decisivas. Los delegados de Heilbronn tuvieron que huir para escapar de la reacción. Mientras tanto, la Liga Suaba, una alianza militar de las autoridades del sur de Alemania, reunió un poderoso ejército mercenario para sofocar el levantamiento. Los fondos necesarios fueron aportados por las familias Fugger y Welser, que se mantuvieron firmemente del lado de la nobleza.

«Los que se opongan a la revelación divina, sean aniquilados sin piedad, como Hisquias, Ciro, Josías, Daniel y Elías destruyeron a los pontífices de Baal, la Iglesia cristiana no puede de otro modo volver a su origen. En tiempo de vendimia hay que arrancar las malas hierbas de la viña del señor. Dios ha dicho: (S. Moisés 7). “No tengáis compasión con los idólatras, romped sus altares, destrozad sus imágenes y quemadlos para que no me enoje”».¹⁹

En su «Carta a los príncipes de Sajonia sobre el espíritu rebelde», Lutero se volvió públicamente contra su antiguo partidario y pidió a las autoridades que tomaran medidas contra el revolucionario. Fue a más tardar en este momento cuando se produjo la ruptura entre ambos.

Müntzer respondió en diciembre de 1524 con el «Discurso protector altamente motivado», en el que insultaba a Lutero, entre otras cosas, como «esa carne fácil de Wittenberg». Denunciaba la hipocresía del servidor del príncipe, que encubría a los señores explotadores con la Biblia para sus propios fines personales.

Müntzer quería erradicar la raíz de la explotación y la opresión con su visión de la reforma. Esto le llevó a conclusiones comunistas, que Engels describió de la siguiente manera:

«Pero según Münzer este reino de Dios no significaba otra cosa que una sociedad sin diferencias de clase, sin propiedad privada y sin poder estatal independiente y ajeno frente a los miembros de la sociedad. Todos los poderes existentes que no se conformen sumándose a la revolución serán destruidos, los trabajos y los bienes serán comunes y se establecerá la igualdad completa. Para estos fines se fundará una liga que abarcará

no sólo toda Alemania, sino la cristianidad entera; a los príncipes y grandes señores se les invitará a sumarse y cuando se negaren a ello la liga con las armas en la mano los destronará o los matará a la primera ocasión».²⁰

Cuando comenzó la Guerra de los Campesinos en el sur de Alemania, Müntzer sintió que había llegado el momento de la revolución. Viajó por la región, donde influyó en los elementos radicales con sus ideas. En la valoración que Engels hace del papel del agitador comunista:

«Este viaje de propaganda efectuado por Müntzer merece haber contribuido en gran medida a la organización del partido popular, a la clara definición de sus reivindicaciones y a la insurrección general en abril de 1525».²¹

Müntzer regresó a Turingia durante las luchas por el poder en el ayuntamiento de Mühlhausen. Los patricios fueron derrocados con éxito. Sin embargo, la aplicación de un programa comunista estaba fuera de discusión. Las medidas del nuevo Consejo Eterno no traspasaron el marco de una república democrática burguesa. Engels declaró:

«Lo peor que puede suceder al jefe de un partido extremo es ser forzado a encargarse del gobierno en un momento en el que el movimiento no ha madurado lo suficiente para que la clase que representa pueda asumir el mando y para que se puedan aplicar las medidas necesarias a la dominación de esta clase. Lo que realmente puede hacer no depende de su propia voluntad, sino del grado de tensión a que llega el antagonismo de las diferentes clases, y del desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de la producción y circulación, que son la base fundamental del desarrollo de los antagonismos de clase. Lo que debe hacer, lo que exige de él su propio partido, tampoco depende de él ni del grado de desarrollo que ha alcanzado la lucha de clases y sus condiciones. [...] Se encuentra, pues, necesariamente ante un dilema insoluble: lo que realmente puede hacer se halla en contradicción con toda su actuación

anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido; y lo que debe hacer no es realizable. En una palabra: se ve forzado a representar, no a su partido y su clase, sino la clase llamada a dominar en aquel momento».²²

No fue casualidad que Müntzer gozara de mayor influencia en Turingia. La industria minera y la producción textil de la región, que florecía en Mühlhausen, ya empleaban a trabajadores asalariados que no poseían nada más que su capacidad de trabajo. Sin embargo, la mayoría de la oposición seguía siendo artesanos y agricultores autónomos. Según Engels, en el programa comunista «el resumen de las reivindicaciones plebeyas aparece menos notable que la anticipación genial de las condiciones de emancipación del elemento proletario que apenas acababa de hacer su aparición entre los plebeyos»²³, y por lo tanto tenía una base social muy limitada.

No obstante, Müntzer se propuso convertir Mühlhausen en el centro de la revuelta de todo el imperio. Mantuvo un diálogo activo con los insurgentes del sur de Alemania. Cuando la contrarrevolución se acercaba a Turingia, intentó movilizar al pueblo de Mühlhausen y otras ciudades para derrotar a la reacción junto con los campesinos cercanos a Frankenhäusen. Sin embargo, solo le siguieron 300 hombres de Mühlhausen.

Tras la devastadora derrota, el 27 de mayo de 1525, Müntzer fue capturado y severamente torturado. Fue decapitado a las puertas de Mühlhausen, su cuerpo fue empalado y su cabeza colocada en una pica. La ciudad fue tomada por las tropas principescas, perdió sus antiguos privilegios y tuvo que pagar fuertes multas. Otros partidarios del Consejo Eterno también fueron ejecutados por la reacción.

EL CIELO POR ASALTO

En la primavera de 1526, el último bastión de la Guerra de los Campesinos cayó en Salzburgo, Austria. Como todas las clases dominantes a lo largo de la historia, los príncipes desataron una orgía de represalias violentas contra sus súbditos derrotados. En total, la contrarrevolución feudal asesinó entre 75.000 y 100.000 rebeldes.

En realidad, el nivel de vida de las masas no bajó tras la derrota en la Guerra de los Campesinos, pero esto no tuvo nada que ver con la clemencia de los señores. Incluso antes del estallido de la revuelta, ya vivían al nivel de subsistencia; no podían caer más bajo.

Sin embargo, las consecuencias de la derrota fueron más allá del número de víctimas. Según Engels:

«Desde este instante, la lucha degeneró en una reyerta entre los príncipes locales y el poder central del emperador, trayendo como consecuencia el borrar a Alemania por doscientos años del



concierto de las naciones políticamente activas de Europa».²⁴

La Reforma había movilizado a todas las fuerzas que se oponían al orden feudal. La tarea objetiva era superar los obstáculos que impedían el auge del capitalismo. La destrucción de la Iglesia católica habría sido un paso importante en esta dirección. Pero la burguesía no era lo suficientemente fuerte como para imponer su programa al movimiento. Ante el fervor revolucionario de las masas explotadas, el campo opositor burgués en torno a Lutero se puso del lado de los príncipes, que aplastaron sin piedad los levantamientos.

Sin embargo, esto consolidó la fragmentación del imperio. La Reforma se convirtió en una lucha entre los príncipes protestantes contra el emperador y los príncipes católicos. La devastación causada por las guerras religiosas posteriores, que culminaron en la Guerra de los Treinta Años, sumió al Imperio aún más en el atraso.

Por eso Engels habló de la Guerra de los Campesinos como un punto de inflexión en la historia de Alemania. De ser la nación más progresista de Europa, cayó a los últimos puestos. Incluso en 1848, la

burguesía alemana aún no era lo suficientemente fuerte como para imponerse a los príncipes, debido a su débil desarrollo y a su temor al creciente proletariado alemán. En última instancia, fue la clase obrera la que barrió los restos feudales en Alemania con la revolución de 1918-19.

Sin embargo, la Reforma de Lutero proporcionó un importante impulso a la lucha de la burguesía emergente a nivel internacional. En Suiza, los Países Bajos e Inglaterra, los protestantes pusieron de rodillas al feudalismo. Movilizaron a las masas en favor del «Reino de Dios» y crearon el reino de la burguesía.

Hoy en día, muchos historiadores niegan que la Reforma y la Guerra de los Campesinos fueran una revolución. Se dice que los campesinos estaban más preocupados por sus reivindicaciones locales que por superar el sistema. Solo querían recuperar sus antiguos derechos, que las autoridades les estaban restringiendo cada vez más. Pero estas sabias damas y caballeros pasan por alto el hecho de que la pérdida de esos derechos y los sufrimientos locales del campesinado estaban relacionados con la crisis del feudalismo.

Müntzer y sus compañeros querían una revolución contra este sistema moribundo. Incluso pidieron la abolición de la sociedad de clases. Esto era imposible en las condiciones del siglo XVI. Sin embargo, el capitalismo ha creado las condiciones materiales para el comunismo. Hoy, a diferencia del siglo XVI, la gran mayoría son trabajadores asalariados que no tienen nada que perder salvo sus cadenas.

Al igual que el feudalismo en la época de la Guerra de los Campesinos, el sistema capitalista se encuentra ahora en un callejón sin salida. Una vez más, la clase dominante es la única que se interpone en el camino del progreso; una vez más, la crisis se traslada a las espaldas de los explotados. Pero la clase obrera crea toda la riqueza de la sociedad. Esto le da el poder llevar hasta sus últimas conclusiones la lucha de Müntzer y traer por fin el cielo a la tierra. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc40
o escanea el código QR



Una copia de la Crónica de la Guerra de los Campesinos (1525) de Jacob Murer, que representa la huida del abad y los monjes de la abadía de Weissenau





Moisés rompe las tablas de los diez mandamientos (1866), Gustave Doré

MORALIDAD Y LUCHA DE CLASES

A lo largo de la historia, las sociedades humanas han establecido códigos morales por los que regirse, los cuales también han proporcionado una poderosa fuerza ideológica para el mantenimiento del orden existente. Hoy en día, la hipocresía del orden moral capitalista está siendo cada vez más expuesta y cuestionada por las masas. En este artículo, **Hélène Bissonnette** explica cómo se desarrolla la moralidad, su naturaleza hipócrita en la sociedad de clases y la crisis de la moralidad burguesa actual.

«**F**rancamente, estos parásitos se lo tenían merecido». Estas palabras fueron escritas por Luigi Mangione, el presunto asesino del director ejecutivo de la compañía de seguros UnitedHealthcare. En respuesta, la clase política estadounidense lanzó el mejor chiste de 2024: «la violencia nunca puede utilizarse para resolver diferencias políticas».

En el lenguaje hipócrita y orwelliano de los grandes y poderosos, esto significa que debemos entender que las guerras que libra el imperialismo estadounidense en todos los rincones del planeta no son violencia política. Tampoco lo es el genocidio en Gaza, que cuenta con el pleno apoyo del Gobierno estadounidense.

Por desgracia para nuestros dirigentes moralistas, la clase trabajadora no es tan fácil de engañar como ellos creen.

Hubo un tiempo en que el asesinato de un director ejecutivo podía despertar la simpatía popular hacia la víctima. Pero hoy en día, se ha expresado un

sorprendente nivel de simpatía hacia el presunto asesino. Una encuesta realizada en diciembre de 2024 reveló que el 41% de los estadounidenses de entre 18 y 29 años considera «aceptable» este asesinato.¹

En lugar de cuestionar la moralidad de asesinar a alguien a sangre fría, la verdadera pregunta que se hicieron muchos trabajadores fue si es moralmente aceptable ganar millones de dólares con la muerte de miles de personas cuyas reclamaciones al seguro habían sido rechazadas. La respuesta fue un rotundo «¡No!».

Las cosas están cambiando. La realidad de la vida bajo el capitalismo está cambiando. La conciencia está cambiando. Y con ella, también está cambiando la moralidad.

¿QUÉ ES LA MORALIDAD?

La moralidad puede definirse como el conjunto de normas o preceptos que rigen la acción humana y la vida social. En la escuela y en la iglesia se nos enseña que la moralidad es atemporal y absoluta, es decir, la misma para todos los

individuos, en todos los lugares y en todos los momentos.

Sin embargo, la concepción marxista de la moralidad rechaza este enfoque abstracto. Más bien, considera la moralidad como algo concreto, en el fondo una cuestión material, dictada por la evolución de las sociedades humanas a lo largo de la historia.

Nuestras ideas sobre el mundo no son estáticas, sino que están en constante desarrollo. La moralidad también cambia y evoluciona a medida que cambian nuestras condiciones y relaciones sociales.

Hoy en día, en todo el mundo, el asesinato de bebés es un crimen espantoso y moralmente repugnante. Sin embargo, hay pruebas considerables de que el infanticidio era una práctica aceptable en muchas sociedades de cazadores-recolectores de todo el mundo. Del mismo modo, la esclavitud se consideraba moralmente aceptable e incluso respetable; hoy en día está prohibida en la mayoría de los países, aunque sigue existiendo en diversas formas.

No se trata simplemente de diferencias de opinión entre culturas diferentes,

que decidieron al azar que querían vivir de una determinada manera. Estas perspectivas morales tan diferentes reflejan cambios en el desarrollo de la sociedad y, sobre todo, en el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad.

Se sabía que tener un gran número de hijos dependientes reducía la productividad de las sociedades cazadoras-recolectoras nómadas, al tiempo que aumentaba el número de bocas que alimentar. En determinadas condiciones, esto podía suponer un riesgo existencial para el conjunto de la comunidad. La práctica del infanticidio reflejaba así la dureza de la vida en una época en la que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas era extremadamente bajo.

El auge y la caída de la esclavitud también reflejaron cambios en la base económica de la sociedad. La mayoría de los esclavos eran personas capturadas en la guerra o indigentes que ya no podían mantenerse por sí mismos. Aunque caer en la esclavitud se consideraba una grave

desgracia, en la mayoría de los casos era preferible a la única alternativa, que era la muerte. Al mismo tiempo, la esclavitud desempeñó un papel esencial en la producción de un gran excedente, en el que se basaron los logros de varias civilizaciones antiguas.

Por lo tanto, para los antiguos hebreos o griegos, alguien que tenía muchos esclavos estaba lejos de ser un criminal o incluso un explotador. Se le consideraba un miembro destacado de la sociedad, que había sido bendecido con una gran familia gracias a su valentía, su perspicacia o el favor de los dioses.

Solo después de que la esclavitud se volviera redundante y, de hecho, un obstáculo para un mayor desarrollo económico, la gente empezó a oponerse a la esclavitud en general. No es casualidad que el abolicionismo se convirtiera en un movimiento de masas al mismo tiempo que la clase trabajadora, es decir, los trabajadores asalariados libres, crecía rápidamente debido a la revolución industrial. Como

explicó Trotski: «la moral es producto del desarrollo social».²

IDEAS DOMINANTES

Una de las normas morales más comunes, que a muchos les parece atemporal e intrínsecamente correcta, es que no se debe robar. En la Biblia, esto se presenta como algo que ha descendido literalmente del cielo, de una autoridad eterna por encima de la sociedad, en los Diez Mandamientos.

Pero esta norma es también producto del desarrollo social. Durante la mayor parte de la existencia humana, no existía la propiedad privada ni la desigualdad, sin las cuales el concepto mismo de «robo» carece de sentido.

Fue el desarrollo de la agricultura, que se remonta aproximadamente a hace 12.000 años, y la creciente capacidad de producir excedentes, lo que proporcionó la base material para el surgimiento de la desigualdad, la propiedad privada y, finalmente, la división de la sociedad en clases antagónicas.

Las nuevas relaciones sociales basadas en la explotación de la mayoría se reflejaron naturalmente en una nueva moralidad de la clase privilegiada, que también monopolizó las instituciones ideológicas de la época, como la escritura, la religión organizada, etc. Cuando surgieron los cuerpos armados del Estado, se convirtieron inmediatamente en protectores de la propiedad de los ricos y guardianes del orden público y la moral. Esto ha continuado hasta nuestros días.

La propia sociedad de clases da lugar constantemente a comportamientos «inmorales», como el robo, y al mismo tiempo a la necesidad de prohibirlos explícitamente. Sin embargo, la prohibición nunca puede abolir realmente el comportamiento inmoral, porque es producto de contradicciones objetivas, como la desigualdad. Miles de años de enseñanza de este mandamiento no han impedido innumerables actos de robo.

En La ideología alemana, Marx y Engels explicaban:

«Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época».³

La clase dominante no podría mantener su poder sobre la gran mayoría si solo contara con la fuerza bruta. Necesita otros medios, principalmente ideológicos, entre los que la moralidad es un componente clave. La moralidad funciona,

El papa simoníaco (hacia 1827), William Blake, que representa al papa Nicolás III en el infierno, en el canto XIX del Infierno de la Divina comedia de Dante

A la izquierda: *Una ejecución capital, Place de la Révolution (hacia 1793), Pierre-Antoine Demachy*



por tanto, como una herramienta en manos de la clase dominante.

DECADENCIA MORAL

Desde que la sociedad se dividió en clases explotadoras y explotadas, la moralidad ha ido de la mano de la hipocresía. La moralidad oficial siempre pretende establecer normas de conducta para toda la sociedad, en nombre de todos. Pero en realidad justifica y mantiene las relaciones sociales existentes y condena los comportamientos que las socavan.

Fundamentalmente, la moralidad de la clase dominante desempeña un papel importante en el orden social, al intentar unir a las clases antagónicas. Mantiene la ilusión de que la armonía social puede mantenerse con principios de vida abstractos y universales. Pero esto es completamente falso. La moralidad de los explotadores sirve así para difuminar y enmascarar la lucha de clases, al servicio de la clase dominante.

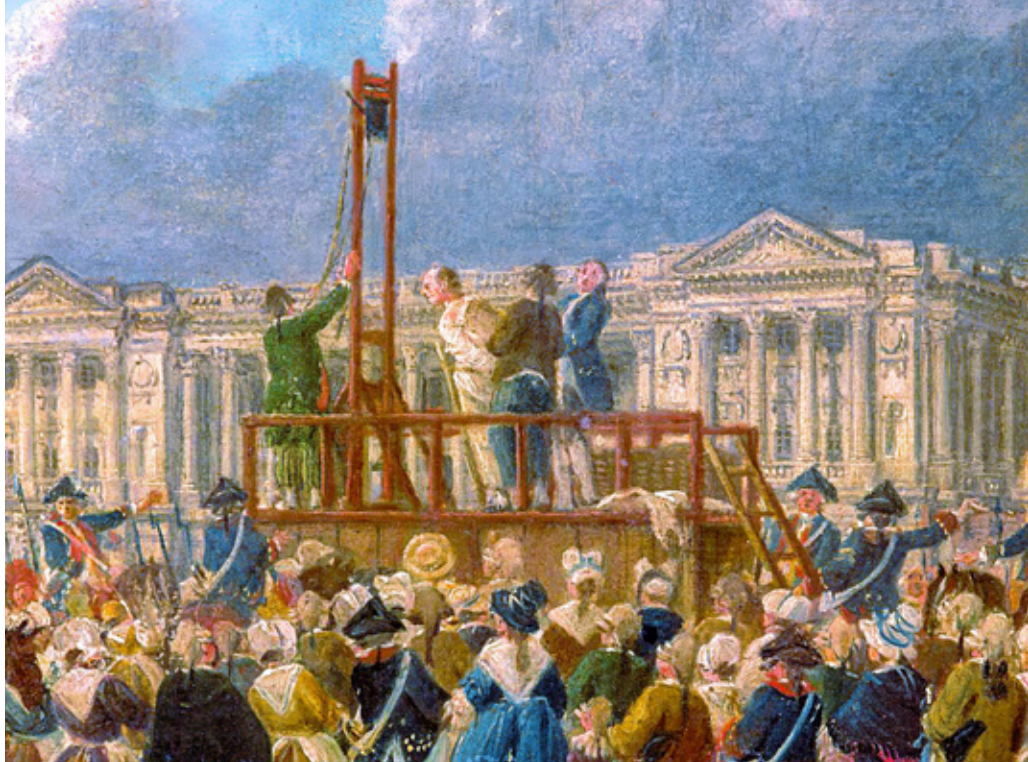
Así, cuando la aristocracia feudal era la clase dominante de la sociedad, el honor y la lealtad eran valores importantes, supuestamente «universales», propagados para mantener un sistema feudal jerárquico y estable. En lugar de «todos los hombres nacen iguales», los gobernantes exigían que todos conocieran su lugar en la rígida jerarquía social, que supuestamente había sido ordenada por Dios mismo.

Además, la clase dominante nunca respeta realmente su propio código moral y lo abandona sin dudar si se ven amenazados sus intereses vitales. La misma Iglesia católica que predicaba la sumisión humilde y la mansedumbre a la mayoría no dudaba en ordenar la masacre de pueblos enteros si sucumbían a la «herejía».

Pero si la moralidad de la clase dominante siempre ha sido hipócrita, entonces surge la pregunta: ¿por qué la aceptan las masas? Si se tratara simplemente de una cuestión de propaganda o de fuerza, es poco probable que un sistema moral pudiera arraigarse en los corazones y las mentes de los oprimidos durante siglos. Una vez más, esta pregunta se relaciona con el desarrollo social y la lucha de clases.

Cuando una clase dominante hace avanzar a la sociedad, cuando su orden social es estable y desarrolla las fuerzas productivas, su dominio «tiene sentido» para todas las clases, incluso para los oprimidos. Del mismo modo, su orden moral tiene sentido y se considera una protección necesaria contra el colapso de toda moralidad y la caída en los apetitos bestiales.

De ahí que la moral feudal de la Iglesia católica fuera aceptada como correcta por todos, aunque de forma diferente según las clases. Cuando se descubrían violaciones de esa moralidad por parte de la clase dominante, se consideraban delitos



individuales. El infierno de Dante está lleno de reyes y papas que transgredieron la moral cristiana medieval; su cielo está lleno de individuos, tanto nobles como comunes, que se consideraba que la encarnaban. En resumen, la hipocresía se consideraba un error que debía ser eliminado del orden moral, no una característica intrínseca de ese orden.

Sin embargo, cuando el modo de producción en la base de la sociedad ha dejado de ser útil y el sistema social basado en este modo de producción entra en un período de crisis histórica, la clase dominante ya no puede mantener su dominio de la misma manera. Su orden social ya no tiene tanto sentido, y tampoco lo tiene su orden moral. Ted Grant lo explica:

«La amoralidad no es algo nuevo en la historia. Suele tomar forma en un período de desintegración del antiguo sistema social y de transición a un nuevo sistema social. Con la pérdida de función de la antigua clase dominante, también se desintegran los códigos morales propios de su dominio. Y, de manera similar, en un período de transición, la nueva moral basada en las nuevas relaciones de producción también tarda en surgir».⁴

El período de declive y colapso de la esclavitud romana está lleno de ejemplos de desintegración moral, especialmente entre la clase dominante. Bajo emperadores como Cómodo y Caracalla, los asesinatos, los asesinatos en masa y todo tipo de depravación se convirtieron en algo habitual en la vida pública. En este contexto, millones de personas del Imperio Romano, en busca de un nuevo conjunto de valores, se convirtieron al cristianismo a finales del siglo III.

A pesar de sus orígenes como una oscura secta judía en un rincón remoto del imperio, el cristianismo se extendió

rápidamente entre los gentiles romanos (no judíos). En parte, esto se debió a la ardiente retórica de los evangelios contra la hipocresía y la inmoralidad de la élite, como por ejemplo:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois como sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia». (Mateo 23:27)

Del mismo modo, el Renacimiento en Europa, durante los siglos XV y XVI, fue un período en el que el antiguo orden feudal se rompió irremediablemente, el dominio de la aristocracia no produjo más que crisis y todas sus instituciones morales eran consideradas corruptas. La intensidad de la lucha entre las clases y entre los contendientes por el poder dentro de la nueva burguesía se reflejó en la moralidad (o amoralidad) de la época. Como señaló Trotsky:

«La corrupción era la nota predominante en la política italiana. El arte de gobernar se practicaba en camarillas y consistía en el arte sublime de la mentira, la traición y el crimen.»⁵

Trotsky señala que Maquiavelo, que vivió durante este período de transición, veía la lucha por el poder político como un «teorema de ajedrez», en el que no existían las cuestiones morales. A menudo se caracteriza a Maquiavelo como un intrigante amoral. En realidad, basaba su teoría en las acciones de la clase dominante de la época, incluido el papado. Al exponerlas tan abiertamente al público, no es de extrañar que su obra más famosa, *El príncipe*, fuera prohibida por el Vaticano.

En el mismo período en que Maquiavelo escribió *El príncipe*, Martín Lutero clavó sus «95 tesis» en la puerta de la iglesia de Todos los Santos en Wittenberg. Lutero acusó al Papa y a la Iglesia de corrupción e

hipocresía por la venta de «indulgencias» (el perdón de los pecados, que ayudaría al comprador a entrar en el cielo) y la acumulación de una riqueza obscena, obtenida a costa de la explotación de las masas.

Lo que Lutero proponía no era la restauración del antiguo orden medieval, que era imposible, sino esencialmente una nueva forma de cristianismo: el protestantismo. Esto condujo a una visión moral diferente a la del alto clero, que implicaba una relación más directa e individual con la palabra de Dios, sin intermediarios superfluos. Esto reflejaba más fielmente la visión de la clase emergente: la burguesía.

Es posible que los burgueses fueran conscientes de que actuaban en defensa de sus intereses económicos cuando luchaban contra la Iglesia, y que los campesinos luchaban para liberarse de la opresión. Pero las masas también estaban motivadas por una repulsa moral hacia todo el orden podrido, un rechazo que desempeñaría un papel importante en una serie de revoluciones dramáticas, como la Guerra de los Campesinos Alemanes (1524-1526), la Revolución Holandesa (1568-1648) y la Guerra Civil Inglesa (1642-1651).

Esta repugnancia moral es en sí misma un síntoma de un fermento revolucionario en la sociedad, y también va acompañada de una sana intransigencia moral. Esto quedó especialmente claro cuando la Revolución Francesa de 1789-93 desató su terror revolucionario contra la monarquía y la Iglesia, lo que llevó a Robespierre a afirmar:

«El terror no es más que la justicia pronta, severa e inflexible; es entonces una emanación de la virtud».⁶

LA MORAL BURGUESA

Cuando la burguesía sustituyó a la aristocracia y se convirtió en la clase dominante, los antiguos y desacreditados valores feudales fueron sustituidos por el supuesto reinado universal de la libertad y la igualdad ante la ley.

Pero la «libertad» abstracta y universal ocultaba los intereses muy concretos de la burguesía, que necesita libertad de comercio, mercados libres y trabajadores que sean completamente libres de vender su fuerza de trabajo a quien esté dispuesto a pagarla. Estas nuevas relaciones sociales encontraron inevitablemente su reflejo en una nueva moral burguesa.

En este contexto, varios pensadores burgueses intentaron racionalizar la moralidad, despojándola de su apariencia religiosa. De estos pensadores, Immanuel Kant (1724-1804) y Jeremy Bentham (1748-1832) son posiblemente los más conocidos y citados en la actualidad.

Según el «imperativo categórico» de Kant, para que una acción sea moralmente buena, debemos «actuar solo según aquella máxima por la cual puedas querer al mismo tiempo que se convierta en una ley universal».⁷ En otras palabras, antes de hacer algo, uno debe preguntarse qué pasaría si todos hicieran lo mismo. ¿Sería bueno o malo?

Por ejemplo, Kant nos dice que un mundo en el que todo el mundo mintiera sería malo, por lo que ningún individuo debería mentir bajo ninguna circunstancia: el fin nunca justifica los medios si estos son inmorales en sí mismos.

Por otro lado, la teoría «utilitarista» de la moralidad de Bentham se centraba

en las consecuencias de una acción: el fin justifica los medios. De este modo, es más flexible que el imperativo categórico de Kant.

Según Bentham, la moralidad utilitarista se basaba en el principio de buscar la mayor felicidad para el mayor número de personas.

Tomemos como ejemplo el famoso dilema del tranvía. Estás conduciendo un tranvía que se dirige hacia unas vías en las que hay cinco personas atadas, y es seguro que las matará. Puedes intervenir activamente y desviar el tranvía hacia otras vías, en las que solo hay una persona atada.

¿Deberías no hacer nada, alegando que no eres responsable de la muerte de cinco personas, ya que no fuiste tú quien las ató a las vías? ¿O deberías intervenir activamente y salvarlas, pero en el proceso ser directamente responsable de matar a alguien que, de otro modo, viviría?

Según el utilitarismo, es sencillo. Salvas a las cinco personas, porque es la mayor felicidad para el mayor número.

Sin embargo, tanto el utilitarismo como el imperativo categórico de Kant adolecían del mismo enfoque abstracto de la cuestión de la moralidad. Ambos se limitaban a racionalizar la moralidad emergente de la burguesía en un código universalmente aplicable a todos los seres humanos. Y, por lo tanto, ambos producen la misma hipocresía que acompaña a toda la moralidad burguesa.

Al final, los principios morales positivos que Kant supuestamente dedujo de su imperativo categórico no eran fundamentalmente diferentes de la moral burguesa liberal que se estaba formando en Europa en su época: respeto a la libertad

Calle Al-Saftawi, norte de Gaza, enero de 2025 (Imago / Alamy)



individual; igualdad ante la ley; desarrollo racional y moral para todos a través de la educación.

Puede que el nombre de Kant no aparezca a menudo en las noticias, pero es en esta lógica en la que se basan los políticos cuando hacen declaraciones como «la violencia nunca puede utilizarse para resolver diferencias políticas». El hecho de que sus principios «absolutos» sean constantemente violados en todos los países, sobre todo por el Estado, tiene poca importancia para la clase dominante y sus lacayos a sueldo en las universidades. Lo que importa es que puede esgrimir estos supuestos principios siempre que quiere demostrar la superioridad moral de su dominio.

El argumento utilitarista de que tal acción o política es «por el bien común» es igualmente común, si no más, en la política actual. Pero el problema es que carece de contenido, por lo que difícilmente puede considerarse una teoría. Termina precisamente donde debería empezar: ¿qué es realmente la mayor felicidad para el mayor número y cómo la conseguimos? Como argumenta Trotsky:

«El medio sólo puede ser justificado por el fin. Pero éste, a su vez, debe ser justificado».⁸

Una persona puede justificar la violencia revolucionaria en una guerra civil con el argumento de que garantiza la revolución, lo que en última instancia conduce a una mayor felicidad. Otra puede justificar la violencia contrarrevolucionaria con el argumento de que garantizar la propiedad privada conduce en última instancia a una mayor felicidad.

Ambos son argumentos igualmente utilitaristas y, en ambos casos, la «teoría»

utilitarista no sirve para resolver cuál de los dos tiene razón.

De hecho, con el utilitarismo se puede justificar casi cualquier cosa. Esta moralidad sigue estando completamente divorciada de la realidad material y de la lucha de clases. Al igual que el imperativo categórico de Kant, no logra explicar las diversas y contradictorias formas de moralidad que han surgido y caído con los diferentes modos de producción a lo largo de la historia. En cambio, como señaló Marx sobre Bentham:

«Con la más seca ingenuidad él toma el tendero moderno, especialmente el tendero inglés, como el hombre normal. Todo lo que es útil a este extraño hombre normal, y para su mundo, es absolutamente útil [para todos]. Esta vara de medir, se aplica entonces al pasado, presente y futuro».

Esta «teoría» es muy útil para la clase dominante, ya que le ofrece una enorme flexibilidad, que utiliza para justificar las guerras imperialistas o la austeridad masiva: sí, habrá sufrimiento, sí, se romperán las normas morales, pero en última instancia, es por el bien común. Se nos dice que la democracia y la prosperidad reinarán una vez que se haya permitido que esta guerra o este programa de austeridad sigan su curso.

En la práctica, la clase dominante utiliza habitualmente argumentos de estas dos teorías aparentemente opuestas al mismo tiempo. Por ejemplo, el imperialismo estadounidense consagra en la ley el derecho «absoluto» a no ser torturado y luego mantiene campos de tortura como Guantánamo, alegando que esto «ayuda a combatir el terrorismo» y, por lo tanto, salva vidas.

HIPOCRESÍA

La moral burguesa siempre ha tenido, por lo tanto, la hipocresía en su esencia. Pero hay periodos en los que la profundidad de la crisis y la intensidad de la lucha de clases hacen que la clase dominante abandone abiertamente gran parte de sus propias normas morales. Trotsky observó en 1940: «Ninguna época del pasado fue tan cruel, tan despiadada, tan cínica como la nuestra. Políticamente, la moralidad no ha mejorado en absoluto en comparación con los estándares del Renacimiento y con otras épocas aún más lejanas».

Lo mismo podría decirse del período que se abre ante nosotros. El capitalismo se encuentra en una crisis profunda e histórica, incapaz de hacer avanzar a la sociedad; el antiguo orden político, diplomático y moral se ha visto gravemente socavado; la lucha de clases comienza a intensificarse; y, al mismo tiempo, la crueldad, el cinismo y la hipocresía de la clase dominante se manifiestan abiertamente. La crisis del sistema capitalista se expresa también como una crisis moral.

Cuando Trump dice «quiero Groenlandia», está expresando la verdadera perspectiva del imperialismo estadounidense, solo que sin el sofisticado lenguaje de la diplomacia. Pero debemos ser claros: no es más despiadado ni cínico que el resto de la clase dominante actual.

Los gobiernos liberales de todo el mundo se han proclamado los mayores defensores de la paz, mientras arman y respaldan al régimen genocida israelí.

Y mientras condenan regularmente el bombardeo de ciudades ucranianas por parte de Rusia, llegando incluso a acusar a Putin de «genocidio», no solo aprueban,





La policía italiana es atacada con pintura roja por manifestantes que protestan contra el genocidio en Palestina, el rearme y la OTAN, mayo de 2025 (Photo Agency Srl / Alamy)

A la derecha: Cartel propagandístico antibolchevique polaco, producido en 1920

sino que ayudan activamente a Netanyahu en el bombardeo, la tortura y el hambre de cientos de miles de palestinos.

La clase dominante alemana encarcela a activistas por gritar consignas en apoyo a Palestina, alegando que su pasado nazi le da una especie de autoridad moral en la cuestión del antisemitismo. Y al mismo tiempo que se felicita por «aprender las lecciones del pasado», está llevando a cabo una furiosa campaña de rearme, imponiendo la austeridad a las masas para reforzar su dominación imperialista de Europa.

En un cínico intento de encubrir sus políticas de austeridad criminales, los políticos burgueses afirman defender a los trabajadores nativos contra los inmigrantes, a las mujeres contra las personas trans y a cualquier otro chivo expiatorio que puedan encontrar.

Pero lo que es particularmente significativo es que la apestosa hipocresía de la clase dominante está siendo reconocida a gran escala en todo el mundo.

Un claro ejemplo de ello son los feroces ataques del establishment imperialista contra el movimiento pro-Palestina. A pesar de las vociferantes descripciones de su supuesto antisemitismo y violencia, el movimiento de solidaridad con Palestina ha crecido enormemente desde el 7 de octubre de 2023.

Millones de personas en todo el mundo han visto la verdad más allá de esta

campana de desprestigio. De hecho, el apoyo de los gobiernos a Israel ha sido una de las principales causas de su impopularidad en los últimos meses, especialmente entre los jóvenes. Cada vez son más las personas que se indignan y se repugnan por un sistema en el que la élite dominante no solo siembra la violencia y el odio, sino que, sobre todo, calumnia y condena a quienes se le oponen.

Como dijo Abraham Lincoln: «Puedes engañar a algunas personas todo el tiempo, y a todas las personas alguna vez. Pero no puedes engañar a todas las personas todo el tiempo». La moralidad, arma de la clase dominante, se está convirtiendo en una amenaza para su amo.

Como ha revelado el caso de Luigi Mangione, ya existe un rechazo, en cierta medida, de la moralidad oficial entre una capa considerable de las masas. El increíble movimiento de las vidas negras importan de 2020 también fue una indicación de ello. Casi tan revelador como la actitud de millones de personas hacia Luigi Mangione fue el hecho de que el 54 % de los estadounidenses pensara que el incendio de la comisaría de policía de Minneapolis estaba justificado tras el asesinato de George Floyd.

Existe una sensación generalizada y creciente de que el sistema es injusto y de que estamos gobernados por una élite hipócrita y egoísta. Es una señal de que las

masas cada vez toleran menos el dominio de la burguesía, que como clase ha agotado su función histórica.

El mismo estado de ánimo se percibe en el fenómeno del trumpismo. Durante años, los medios de comunicación «respectables», los políticos, los líderes empresariales, las celebridades, etc., han condenado a Trump, no solo por motivos políticos, sino sobre todo por motivos morales. Se le ha descrito como mentiroso, tramposo, mujeriego, misógino, violador, racista, traidor a la nación, dictador y fascista, ¡nada menos! En resumen: Satanás con bisoné. El análisis político ha sido sustituido por la demonología. Incluso intentaron enviarlo a la cárcel y se quedaron sin aliento ante la idea de que un «delincuente convicto» pudiera convertirse en presidente de los Estados Unidos.

Ninguno de estos ataques morales logró dañar significativamente el nivel de apoyo a Trump. De hecho, ¡muchos de ellos le ayudaron! La razón no es que 77,3 millones de estadounidenses apoyen con entusiasmo todas las acciones de Trump. Millones de personas, y una capa significativa de la clase trabajadora, se volcaron con Trump porque creían que quienes lo perseguían eran culpables de todo lo que le acusaban y que estaban tratando cínicamente de utilizar estos ataques morales para defender su poder y sus privilegios. Y tenían buenas razones para creerlo.

LUCHA DE CLASES

Es importante no ver estos acontecimientos como un signo de apatía moral o inmoralidad por parte de la clase trabajadora. Más bien, son el producto de una profunda repulsa moral dirigida contra el viejo orden. Como ya hemos visto en la historia de la lucha de clases, esto tiene implicaciones revolucionarias.

A medida que se intensifica la lucha de clases, la visión moral de la clase obrera choca cada vez más con la moralidad oficial de la clase dominante. Esto se puede ver cuando los trabajadores se declaran en huelga, durante la cual los grandes principios abstractos de la solidaridad «humana» son completamente barridos y sustituidos por la solidaridad concreta de los obreros y el odio a los patrones. Existe una moralidad del piquete, mucho más fuerte y profundamente sentida que cualquier moralidad abstracta, porque tiene un claro contenido de clase.

Los comunistas se basan en la forma más elevada y clara de esta conciencia de clase proletaria. Como explicó Trotski, para un comunista, son buenos los medios que:

«... elevan la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable por la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan con la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha»⁹

Esto es lo que lleva a Trotski a decir:

«Los problemas de la moral revolucionaria se confunden con los problemas de la estrategia y de la táctica revolucionarias. A la luz de la teoría, la respuesta correcta a esos problemas sólo puede encontrarse en la experiencia viva del movimiento».¹⁰

VIOLENCIA

Una pregunta que se plantea a menudo a este respecto es: ¿los marxistas defendemos la violencia?

La cuestión de la violencia se plantea a menudo como una cuestión teórica abstracta. Los pacifistas, por ejemplo, se oponen a la violencia en general, independientemente del contexto. Consideran que la no violencia es una norma moral, obligatoria para todos y en todo momento. Y los líderes reformistas de la clase obrera suelen hacerse eco de los argumentos pacifistas, afirmando que los revolucionarios son tan malos como los gobernantes a los que quieren derrocar, si recurren a la violencia para alcanzar sus fines.

Los marxistas, sin embargo, consideran el mundo tal y como es, y no como nos gustaría que fuera. Y la realidad es que la violencia y la guerra forman parte de los cimientos del capitalismo.

La clase capitalista tiene muchas armas a su disposición para luchar tanto contra



los capitalistas de naciones rivales como contra los trabajadores de todas las naciones, como la propaganda, la diplomacia y el engaño. Pero al final, cuando la lucha entre naciones y clases alcanza su punto álgido, las grandes cuestiones históricas se deciden en última instancia por la fuerza bruta.

De ahí todo el dinero que se invierte en la policía y el ejército. En el Estado, la clase dominante se arroga el monopolio de la violencia, que santifica moralmente a través de la Iglesia, los medios de comunicación y el sistema escolar.

Mientras exista el sistema capitalista, la violencia será una realidad. Nosotros luchamos contra esa violencia concreta. La única conclusión que se puede sacar es que para poner fin a la violencia y la guerra, debemos derrocar el capitalismo. Y en esta lucha revolucionaria, la cuestión de la violencia se vuelve concreta.

Por ejemplo, en Sudán, en 2019, un enorme y poderoso movimiento revolucionario derrocó el régimen autoritario de

Omar Al-Bashir. La junta militar que llegó al poder en su lugar solo pudo mantenerse mediante una violencia brutal.

En este contexto, para alcanzar los objetivos de la revolución, habría sido necesario armar a la clase obrera y a los pobres para que pudieran luchar y derrotar los ataques de las «Fuerzas de Apoyo Rápido» contrarrevolucionarias. En términos concretos, era una cuestión de vida o muerte para la revolución.

Pero los líderes pequeñoburgueses de la revolución, que tomaron la «no violencia» como principio moral rector, no quisieron hacerlo. Esto dejó a los trabajadores sin defensa, a merced de los golpes, las violaciones y los asesinatos del régimen. Estos líderes acabaron sacrificando la revolución en el altar del pacifismo. Y las consecuencias fueron extremadamente brutales.

Sudán sigue sumido en una sangrienta guerra civil. Esto es lo que el pacifismo ha traído a la clase obrera sudanesa: ha conducido a una violencia mucho mayor



Luigi Mangione, diciembre de 2024 (AP / Alamy)

A la derecha: *La bestia (El capitalismo)* (1907), Gabriele Galantara

que la «violencia» que las masas habrían tenido que aplicar para aplastar al antiguo régimen y desarmar a las bandas contrarrevolucionarias. De hecho, es una ley histórica general que la violencia de la contrarrevolución, dirigida contra la mayoría de los trabajadores y campesinos revolucionarios, es siempre mucho más brutal y generalizada que la «violencia» de la revolución, que tiene la tarea de desarmar a una minoría explotadora.

Esto nos demuestra que el pacifismo no solo es inútil, sino extremadamente peligroso para un movimiento revolucionario. El marxismo no tiene absolutamente nada que ver con él.

No estamos a favor ni en contra de la violencia en general. Nuestra política se basa en la situación concreta que se nos presenta. Para nosotros, la violencia que utiliza el opresor para mantener a sus esclavos encadenados no es la misma que la violencia que utiliza el esclavo para romper esas cadenas. La violencia del Estado de Israel no es la misma que la de los palestinos.

Los pacifistas, sin embargo, terminan poniendo en pie de igualdad la violencia de los oprimidos y la de los opresores. En la medida en que esto se toma en serio, los imperialistas no pueden sino alegrarse.

TERRORISMO

Si no nos oponemos de manera abstracta a la violencia, ¿significa eso que defendemos el uso de la violencia en todas sus formas, siempre y cuando esté dirigida en general al derrocamiento del capitalismo?

No. Si la emancipación de la humanidad solo puede lograrse mediante una revolución socialista, en la que la clase obrera toma el poder y dirige la sociedad, entonces solo son eficaces aquellas tácticas que ayudan a la clase obrera a tomar conciencia de su papel en el cambio de la sociedad.

El reciente caso de Luigi Mangione ha despertado una enorme simpatía entre muchos jóvenes que lo consideran un héroe, sacando a la superficie la enorme ira de clase que existe en Estados Unidos, pero ha planteado una pregunta importante: ¿son los asesinatos y los actos individuales de terrorismo medios eficaces para derrocar el sistema?

Tras la conmoción causada por el asesinato, el capitalismo estadounidense, por supuesto, sigue intacto. Los directores ejecutivos, los políticos y los individuos pueden ser sustituidos. Y una vez sustituidos, el criminal sistema sanitario seguirá condenando a miles de personas a la ruina y a una muerte prematura.

Por supuesto, sentimos una enorme simpatía por quienes consideran a Luigi Mangione un héroe y condenamos el hipócrita sistema «judicial» que defiende el asesinato de miles de personas por parte de la clase dominante. Pero, aunque no planteamos objeciones morales abstractas a las supuestas acciones de Mangione y otros como él, sí cuestionamos su eficacia.

La historia nos ha demostrado que el terrorismo individual y los métodos guerrilleros, por sí solos y separados de la lucha de clases, tienden a tener el efecto contrario al deseado. Sustituyen la acción colectiva de la clase obrera por la acción de una minoría, o incluso de un solo individuo. No refuerzan su unidad ni su nivel de organización. Tampoco refuerzan la confianza de los trabajadores en su capacidad para derrocar el sistema.

Este tipo de táctica transmite a los trabajadores el mensaje de que deben confiar en individuos comprometidos para luchar en su lugar. Es precisamente el mensaje contrario el que hay que transmitir.

Además, estos métodos tienden a reforzar el aparato represivo del Estado, que adopta métodos más brutales para hacer frente a los llamados «terroristas». Por lo tanto, estos métodos sirven en última instancia para fortalecer las fuerzas de la violencia burguesa sin crear al mismo tiempo organizaciones poderosas de la clase obrera para resistir sus ataques.

En determinadas condiciones, los marxistas podrían apoyar actos individuales de violencia o sabotaje, vinculados a la lucha revolucionaria de la clase obrera. Por ejemplo, en el contexto de una revolución y una guerra civil, el asesinato del líder de una banda fascista o de un ejército reaccionario sería totalmente conveniente. Pero hacerlo en ausencia de cualquier movimiento revolucionario podría tener el efecto contrario.

Por eso los marxistas no pueden simplemente afirmar de antemano y de forma abstracta qué tácticas son o no son permisibles en un momento dado. Solo la experiencia viva del movimiento obrero en lucha, con la ayuda de la teoría, puede responder a esta pregunta.

ATAQUES A LA «INMORALIDAD» MARXISTA

Todos los movimientos revolucionarios de la historia han sido atacados como un peligro sanginario e inhumano para la sociedad, ya fueran los primeros cristianos en el Imperio Romano, los cartistas de la clase obrera o, de hecho, los comunistas durante más de un siglo.

En 1917, las masas rusas tomaron el poder bajo la dirección del Partido Bolchevique de Lenin y Trotski. Los bolcheviques fueron demonizados. La clase dominante lanzó una campaña de mentiras y calumnias para condenarlos moralmente. Los

comunistas han sido perseguidos en todo el mundo y, a menudo, masacrados para preservar el «orden», la «civilización» y, por supuesto, la «moralidad». Posteriormente, los horrores del estalinismo proporcionaron una oportunidad de oro a los capitalistas para atacar todo el edificio del comunismo y arrojar aún más barro.

En 1938, Trotski escribió *Su moral y la nuestra*, en el contexto de los últimos juicios de Moscú. Miles de viejos bolcheviques y otras personas fueron objeto de falsas acusaciones por parte del régimen estalinista. Muchos fueron condenados a muerte por ser acusados de «trotskistas» y «agentes fascistas».

¿Por qué escribió Trotski sobre la moralidad en ese momento?

Porque los cobardes intelectuales pequeñoburgueses, desde los reformistas hasta los anarquistas, invocaron de repente grandes principios abstractos de moralidad para condenar en bloque al comunismo, que descubrieron que se había vuelto «inmoral».

La pequeña burguesía, atrapada entre las dos grandes clases antagónicas, no es capaz de independencia moral y política. Por lo tanto, a menudo termina actuando como una correa de transmisión de la ideología dominante de los capitalistas al movimiento obrero.

Basta con ver cómo muchos «izquierdistas» prominentes, retrocediendo asustados ante la perspectiva de ser tachados de «antisemitas» por el establishment por oponerse a Israel, no solo han abandonado al pueblo palestino, sino que se han sumado a la caza de brujas contra el «antisemitismo de izquierda» fabricado.

En los últimos años, la clase dominante se ha beneficiado de la adopción de una mentalidad de pureza moral por parte de gran parte de la izquierda. Ha habido una obsesión por crear «espacios seguros» y la idea de que cualquier organización de izquierda que pueda demostrar que ha sido testigo de un comportamiento inmoral solo merece ser cancelada y liquidada. A menudo se dedica más tiempo a vigilar la moralidad que a luchar por un nuevo orden social. ¡La izquierda debe rechazar este callejón sin salida moralista so pena de extinción!

Por lo tanto, es absolutamente crucial que los comunistas se mantengan firmes frente a las ideas ajenas a su clase. Como observó Trotski:

«El marxista revolucionario no podría abordar su misión histórica sin haber roto moralmente con la opinión pública de la burguesía y de sus agentes en el seno del proletariado».¹¹

A nuestro alrededor, existe una presión constante para que nos sometamos a la moral dominante y a la «opinión pública». En todas partes se nos dice que no debemos ser tan «extremos»; que no debemos



intentar reclutar gente para el partido revolucionario; que no debemos pedir dinero para financiar el movimiento. En resumen, que no debemos atrevernos a organizarnos profesionalmente para derrocar el sistema.

Después de todo, se supone que vivimos en una sociedad «civilizada», en la que existen normas de buen comportamiento. Los reformistas se han rendido por completo a esta fantasía moral, en la que creen más que los propios burgueses.

Gracias a su oportunismo, respetan las reglas del sistema capitalista y aceptan no solo el Estado burgués, sino también la moral burguesa. Y al vincular vergonzosamente el movimiento obrero a estas normas hipócritas, lo han desarmado y lo han llevado a la derrota en innumerables ocasiones.

Es natural que los reformistas quieran silenciar a cualquiera que se niegue a acatar sus reglas. Siempre será así. Pero tenemos el deber de defender nuestros principios revolucionarios. Tenemos el deber de defender los intereses de la clase obrera y de ignorar por completo la opinión de la

clase dominante y de la «izquierda» pequeñoburguesa.

Es muy difícil resistir estas presiones en solitario. Nuestra fuerza proviene de nuestra organización, de la lucha colectiva y de la experiencia de miles de marxistas en todo el mundo. Y nunca ha habido una mayor necesidad de una organización así.

En medio de todo el horror y las mentiras que produce el capitalismo en decadencia, existe un movimiento creciente por una nueva forma de sociedad, libre de explotación, desigualdad y la hipocresía que las acompaña. Es a este movimiento al que los comunistas dedican sus vidas. Y para concluir con las poderosas palabras de Trotski:

«... tomar parte en ese movimiento con los ojos abiertos y con la voluntad tenaz, ¡sólo eso puede dispensar la satisfacción moral suprema asequible a un ser pensante!».¹² ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc40
 o escanea el código QR





FÍGARO Y LA REVOLUCIÓN F

La ópera *Las bodas de Fígaro*, de Mozart, causó un gran revuelo cuando se estrenó en 1786. En este artículo, **Alan Woods** explica la naturaleza subversiva de la ópera y cómo revolucionó esta forma de arte. Es importante destacar que muestra cómo dio expresión al creciente fermento social que culminó en la Revolución Francesa sólo unos años más tarde

Wolfgang Amadeus Mozart está considerado por muchos como el mejor músico de todos los tiempos. Fue un revolucionario en muchos sentidos. Una de sus principales conquistas fue en el terreno de la ópera.

Antes de Mozart la ópera estaba considerada un arte exclusivo de las clases superiores. Pero no sólo por quién asistía a su representación, también por sus *dramatis personae* -los personajes que salen a escena- y en especial por los protagonistas. Con *Las bodas de Fígaro* (*Le Nozze di Fígaro*, su título original en italiano) en 1786 todo esto cambia. Esta es la historia de un criado que se revela contra su patrón y es más listo que su amo.

El mismo punto de partida de esta ópera es subversivo. El autor de la obra, Beaumarchais, representaba a la aristocracia como tipos degenerados, lujuriosos y depravados, algo que en su tiempo era considerado peligrosamente revolucionario. En uno de sus personajes centrales, el sirviente Fígaro, se atreve a afirmar que él es tan bueno como su maestro. En los años previos a la Revolución Francesa, esto era algo completamente subversivo. Tan peligroso era que Luis XVI fue el primero que intentó prohibir la obra.

Al final fue puesta en escena, su primera representación en París tuvo tal asistencia que provocó un tumulto en el que tres personas murieron pisoteadas por la multitud. Este pequeño incidente es una señal evidente del fermento que se estaba produciendo en la sociedad francesa de la época.

Sólo cinco años después La Bastilla fue asaltada. Muchos de aquellos ricos patrocinatorios de las artes que estuvieron presentes en la primera representación pública de la obra de Beaumarchais en 1784, y que rieron y abuchearon según sus preferencias artísticas o políticas, acabaron en la guillotina. Este es el destino histórico de una obra que Napoleón después describió como «la revolución en acción»¹.

UN HIJO DE SU ÉPOCA

Por supuesto, siempre existe el peligro de leer demasiado en las obras escritas en los años que llevaron a la Revolución Francesa o cualquier acontecimiento similar. Pero las implicaciones son seguramente demasiado evidentes para ser producto de la simple casualidad. Un gran artista, incluso cuando él o ella comprende poco de política, algunas veces es capaz de percibir y sentir un ambiente determinado que se está desarrollando en la sociedad, y darle una expresión más profunda y

sincera, incluso antes de que los protagonistas del proceso histórico la expresen conscientemente.

Por su parte, Mozart no era un revolucionario en el sentido político. Pero sí fue un hijo de su tiempo, un producto de la Ilustración que fue capaz de reflejar perfectamente en su arte el clima general de la época en la que vivió. Cayó preso del espíritu de rebeldía que se adaptaba perfectamente a su temperamento. Esto a su vez no fue casualidad sino que emanaba de su experiencia personal en la vida que le dejó un profundo odio hacia la injusticia y una simpatía por el desvalido, luchando por sus derechos, por la libertad o por la simple dignidad humana.

Cuando vivía en Viena a finales del siglo XVIII, Mozart era consciente de la naturaleza del feudalismo y el carácter de la aristocracia gobernante. Apenas era consciente del mensaje revolucionario de la obra de Beaumarchais, que fue prohibida por José II, hermano de María Antonieta.

José estaba considerado un monarca relativamente progresista para su época (al estilo de Federico el Grande de Prusia y Catalina la Grande de Rusia). Abolió la servidumbre en sus tierras, introdujo (relativamente) el derecho a la libertad de expresión e incluso intentó eliminar los privilegios de la nobleza. Era algo habitual



RANCESA

ver a los aristócratas barrer las calles de Viena como castigo por haber cometido transgresiones menores. También interfirió en los aspectos más triviales de la vida cotidiana, como cuando aprobó una ley prohibiendo a la mujer utilizar corsés en acontecimientos públicos.

Mozart había intentado democratizar la ópera al escribir, no en italiano, sino en alemán (*Die Entführung aus dem Serail*). Pero la influencia del italiano era tan grande (la ópera cómica italiana estaba entonces de moda) que decidió escribir su nueva ópera en italiano (el idioma original del libreto era el francés). La obra maestra de Beaumarchais, *El barbero de Sevilla*, ya había sido convertida en una ópera (italiana) y hacía furor. Mozart decidió seguir con una obra que bien podría haberse llamado «Fígaro golpea de nuevo».

La elección del libretista por parte de Mozart no fue inusual: Lorenzo Da Ponte era un librepensador y un libertino de origen judío, amigo de Casanova. Pero no era un libretista experimentado. Pero terminó un extraordinario libreto en sólo seis semanas. Da Ponte no sólo consiguió mantener toda la fuerza política del original, consiguió enriquecer a los personajes.

DESAFÍO

El espíritu de la obra queda expresado en las primeras notas de la obertura -un trazo burbujeante sobre la vida y la energía. Los cambios vivos en los pensamientos y sentimientos de los personajes se pueden ver con gran seguridad en la música.

De una representación de *Le nozze di Figaro* en Estocolmo, 1904

En un recurso novelístico, entramos directamente en la acción en el escenario abierto. Aquí por primera vez desembocamos en la presencia, no de dioses o diosas, o héroes clásicos, ninfas o pastores, sino de hombres y mujeres normales: sirvientes domésticos. Entramos en sus casas y vemos como viven, como piensan y sienten. Era la primera vez que estas cosas se representaban en un escenario.

En la primera escena Fígaro toma las medidas de una cama. Esto ya introduce el tema central, ya que la cama en consideración es el lecho matrimonial de Fígaro. El tema es el sexo. El significado es que el Conde intenta ejercer su derecho feudal de pernada: el derecho de la primera noche. Y Fígaro está decidido a impedirlo.

Aquí el derecho del amo choca directamente con el derecho del sirviente. Es un conflicto de voluntades en el que gana, finalmente, el sirviente. Aquí se desafía el poder arbitrario de la aristocracia feudal. Fígaro desafía al Conde en la famosa aria *Se vuol ballare, Signor Contino* (Si quiere bailar señor condesito) del primer acto, que se puede traducir de la siguiente forma:

«Si quiere bailar, señor Condesito,
la guitarrita le tocaré.
Si quiere venir a mi escuela,
La cabriola le enseñaré»

El aria aparentemente tiene la forma de una danza cortesana del siglo XVIII: el minueto. Pero la esencia de la música es muy diferente del minueto original. Es una declaración agresiva, llena de amenazas y desafíos. Es una declaración de guerra del sirviente contra su amo. En este contexto, no hay duda donde se encuentran las simpatías de Mozart. Esta era una sociedad feudal, dominada por los nobles, extendiéndose desde los grandes señores de la tierra al pequeño propietario local, y todos ellos ejercían su tiranía sobre las masas, no sólo sobre los campesinos que cultivaban sus tierras. Estos nobles se comportaban como una raza aparte.

El propio Mozart procedía de la respectable clase media. Era sólo otro subalterno de sus pagadores aristocráticos: un tipo superior de sirviente, pero al fin de cuentas, un sirviente. Cuando sirvió para el arzobispo de Salzburgo, Mozart tenía que comer debajo de las escaleras con los demás criados. Su lugar estaba claramente especificado -sobre los cocineros pero debajo de los ayudas de cámara del arzobispo.

Cuando decidió trasladarse a Viena y dejar a los sirvientes del arzobispo, el Conde Arco, uno de los parásitos del arzobispo y supuestamente amigo de Mozart, demostró su lealtad al jefe dándole al compositor una patada en las nalgas. Este incidente demuestra gráficamente la relación entre el artista y los ricos que

compraban sus servicios, de la misma forma que uno podía comprar un perro de caza caro. Después de todo, incluso a un perro caro podía darle una patada si su amo lo deseaba. La idea del sirviente Fígaro por encima de su amo debía ser muy atractiva para Mozart.

SUBVERSIVO

En Viena consiguió fama y popularidad. En el punto álgido de su carrera consiguió un cierto grado de comodidad y prestigio. Pero la amenaza de la pobreza y la deuda nunca se alejó.

Mozart necesitaba que Fígaro fuera un éxito y tuvo suerte de que José se lo permitiera. Mozart y Da Ponte eran ambos extraños en la camarilla operística de la corte, tan admirablemente representada en *Amadeus*, la obra de Peter Shaffer de 1979. Los pequeños burócratas y las mediocridades de la corte hicieron todo lo posible para sabotear la ópera, pero al final consiguió representarla en mayo de 1786.

Fue probablemente un elemento del cálculo político en las acciones de José permitir que se representara la ópera de Mozart. En ese momento estaba en conflicto con la nobleza por el pago de los impuestos y otras cuestiones, y se adecuaba a sus propósitos presentar mal a la aristocracia. Al final, fue tan bien recibida por el público de Viena que en la tercera representación el emperador tuvo que ordenar limitar el número de bises. Sin embargo, sólo tuvo nueve representaciones. Evidentemente, el poder se dio cuenta del significado subversivo de la obra.

Fígaro es una comedia, pero contiene un mensaje serio. Contiene alta comedia y baja farsa, pero también momentos de gran belleza y patetismo, como el aria de la condesa con el que se inicia el segundo acto, *Porgi amore...*, donde ella se lamenta de la pérdida del amor de su marido. El propio conde es presentado como un tirano, aunque en esta ocasión no es capaz de ejercer su tiranía. Es una tiranía social y personal, expresada por la tiranía del Conde sobre las mujeres.

La razón por la que la tiranía del Conde fracasa, implícita en la ópera, es porque es visto como muy arbitrario: no se basa en la Razón y por lo tanto no tiene razón de existir, como diría Hegel. Pero el mismo argumento se podría utilizar contra el Antiguo Régimen en su totalidad. Un régimen social que ha sobrevivido a sí mismo, que está en conflicto con sí mismo, no tiene razón de existir y debe ser derribado. Este era el argumento de filósofos como Hegel, era la lógica subyacente y la justificación de la Revolución Francesa. También siempre presente en las páginas de *Las bodas de Fígaro*.

Como sabemos, hay varias formas de luchar contra los tiranos. Una forma -vista en 1789-93- era cortándoles la cabeza.

Pero, donde estos medios tan drásticos no estaban disponibles, era posible utilizar el arma del ridículo, que es lo hacen Beaumarchais y Mozart con gran acierto.

Al final, los sirvientes pueden entrar en el salón y bailar en la boda de Fígaro. Aquí cambia el ambiente. Las masas aparecen como protagonistas victoriosos, no como figuras grises escondidas bajo tierra, sino como individuos reales con mente, caracteres, sentimientos y aspiraciones propias. La visión de estos hombres y mujeres bailando triunfales en el salón del aristócrata está llena de significado histórico. Es tanto una alegoría como un adelanto musical de los acontecimientos que tres años después se harían realidad.

Las bodas de Fígaro, con sus melodías contagiosas, con su buen humor y el polémico argumento fue un gran éxito. Hoy en día, cuando es costumbre considerar a la ópera como el arte de una elite, es difícil darse cuenta de lo popular que fue. Fue la música pop de su época. Aquellos que no tenían a su alcance ir a la ópera podían acceder a través de arreglos para bandas de viento.

Seis meses después de su primera representación en Viena, en diciembre de 1767, fue representada en Praga, donde fue un éxito aún mayor. Mozart fue animado a que fuese y viese por sí mismo como era recibida esta música, no sólo en teatros de ópera sino también en los salones de baile. Escribía encantado a un amigo: «Aquí no hablan de otra cosa sino de Fígaro. Sólo se toca, canta o silba Fígaro. Ninguna ópera tiene la misma recepción que Fígaro. Nada, nada sino Fígaro»².

De una representación de Le nozze di Figaro en Estocolmo (hacia 1735), Johann Georg Platzer

A la derecha: *La toma de la Bastilla (1789), Jean-Pierre Houël*

DON GIOVANNI

La otra obra operística de Mozart, Don Giovanni, también tiene como libretista a Da Ponte y está basada en el tema español de Don Juan, que, en diferentes formas, había aparecido en la literatura muchas veces desde su primera aparición como El burlador de Sevilla de Tirso de Molina, en 1630. Aquí podemos encontrar el mismo tema que en Fígaro, con tonos más sombríos, y con una complejidad y profundidad mayores.

Los colores oscuros de esta obra son evidentes desde las primeras notas portentosas y amenazantes de la obertura. Don Giovanni, como el Conde, es un libertino, pero es mucho más que esto: también es un rebelde que rechaza todas las normas sociales y morales. Hay un elemento de anarquía en esta ópera, una intuición del desmoronamiento del orden social y moral existentes.

Es significativo que la primera aria del primer acto cantada por Leporello, el sirviente de Don Giovanni, este maldice su suerte mientras espera en el frío mientras su maestro corre detrás de una dama. El mensaje del aria de Leporello es políticamente subversivo, una llamada a cambiar el orden social:

«Notte e giorno faticar
per chi nulla sa gradir,
piova e vento soportar,
mangiar male e mai dormir...
Voglio far il gentiluomo,
E non voglio più servir.
Oh, che caro galantuomo!
Vuol star dentro colla bella,
Ed io far la sentinella!»

«Noche y día fatigar
por quien nada sabe agradecer;
lluvia y viento soportar,
comer mal y mal dormir...
Quiero ser un caballero,
y no quiero servir más.
¡Oh, qué amable hombre de bien!
Quiere estar dentro con la bella,
Y yo a hacer de centinela».

Leporello, el arquetipo de sirviente cómico, aquí trata un tema serio. Su crítica de la vida disoluta de su amo (y, por añadidura de la aristocracia en general) continúa en la famosa aria donde irónicamente enumera las conquistas amorosas de Don Giovanni.

El papel de Leporello, la voz del pueblo común, es semejante a la combinación de Shakespeare de la comedia baja y el alto drama aristocrático, como en, por ejemplo, Enrique IV, Parte Primera. Este papel no es en absoluto secundario sino central en la ópera. Al final, Leporello sobrevive a su maestro, que finalmente muere en las llamas del infierno con la ayuda de un misterioso Invitado de Piedra.

Después de llevar a Don Giovanni ante la justicia final y condenarlo eternamente, Mozart y Da Ponte lo disuelven en las llamas de azufre con un sexteto ágil y alegre, donde los sobrevivientes señalan la moral y meditan sobre su propio futuro, cuando el incontenible Leporello concluye: «Ed io vado all'osteria a trovar padrón miglior» (E iré a la taberna a ver si encuentro un amo mejor).

En el siglo XIX, con toda la hipocresía victoriana, el alegre optimismo de este sexteto final era considerado de mal gusto, y a menudo se omitía. Pero el incontenible espíritu de alegría siempre caracteriza la visión de las masas, incluso en las luchas más serias, y Mozart demostró un





sentido infalible de la naturaleza humana cuando acabó esta nota.

CARÁCTER COMPLEJO

El primer acto se abre con Leporello, el sirviente, proponiendo, en realidad, que el mundo sea cambiado de arriba abajo. Y al final del mismo acto, el propio Don Giovanni propone un brindis por la libertad, que seguramente correspondía con el espíritu de la época.

El carácter de Don Giovanni es complejo y contradictorio. Es una figura más interesante que la del Conde en Fígaro. Un aventurero, un libertino disoluto, un aristócrata, acostumbrado a manipular a las personas según sus propios intereses, y al mismo tiempo es valiente personalmente. Al final del primer acto, cuando todos se levantan contra él, responde desafiante:

«E' un orribile tempesta
Minacciando, o Dio, mi va.
Ma non manca in me coraggio,
Non mi perdo o mi confondo.
Se caddese ancora il mondo,
Nulla mai temer mi fa».

«Una tormenta espantosa, oh Señor,
Está cayendo sobre mí.
Pero no me falta valor.
No estoy perdido o preocupado.
Si el mundo terminase,
Nada me haría tener miedo».

Al final, está preparado para luchar contra su destino y contra su propia muerte. Entre la aristocracia no había pocos individuos de esta clase. Algunos de ellos -aventureros reaccionarios- lucharon por el Antiguo Régimen y fueron alegremente a la guillotina. Otros, menos numerosos y

más pensativos, rompieron con su clase y se pusieron del lado de la revolución, donde lucharon y murieron con igual valor. Don Giovanni, si hubiera vivido durante la Revolución Francesa, habría terminado como el segundo de los tipos.

EL CAMINO HACIA LA REVOLUCIÓN

En un aspecto Las bodas de Fígaro deja a un lado tanto la historia como la vida real, pero sólo relativamente. Al final del Cuarto Acto, el conde y la condesa se reconcilian, el conde se arrepiente de sus pecados. Después todos se reconcilian y cantan en armonía, y así la obra termina felizmente. Pero es la esencia de toda comedia tener un final feliz, sino no sería comedia. Y todo el mundo sabe que estos finales tienen poco que ver con la vida real. Sabemos que la reconciliación temporal entre clases antagónicas no puede durar, como también sabemos que el conde continuaría corriendo detrás de otras sirvientas a la primera oportunidad.

Toda lucha tiene sus momentos de respiro temporal, como toda guerra es interrumpida por altos el fuego temporales. Al principio de la Revolución Francesa -como al principio de cada revolución-, había un sentimiento general de euforia, una confraternización de todas las clases en la que el rey y la reina llevaban el escudete tricolor de la revolución. La ilusión de la hermandad universal, trascendiendo a todas las diferencias de clase durante un breve momento se apodera de la mente de toda la sociedad.

Pero como todos los sueños, se disipa con la luz del día. La Revolución Francesa

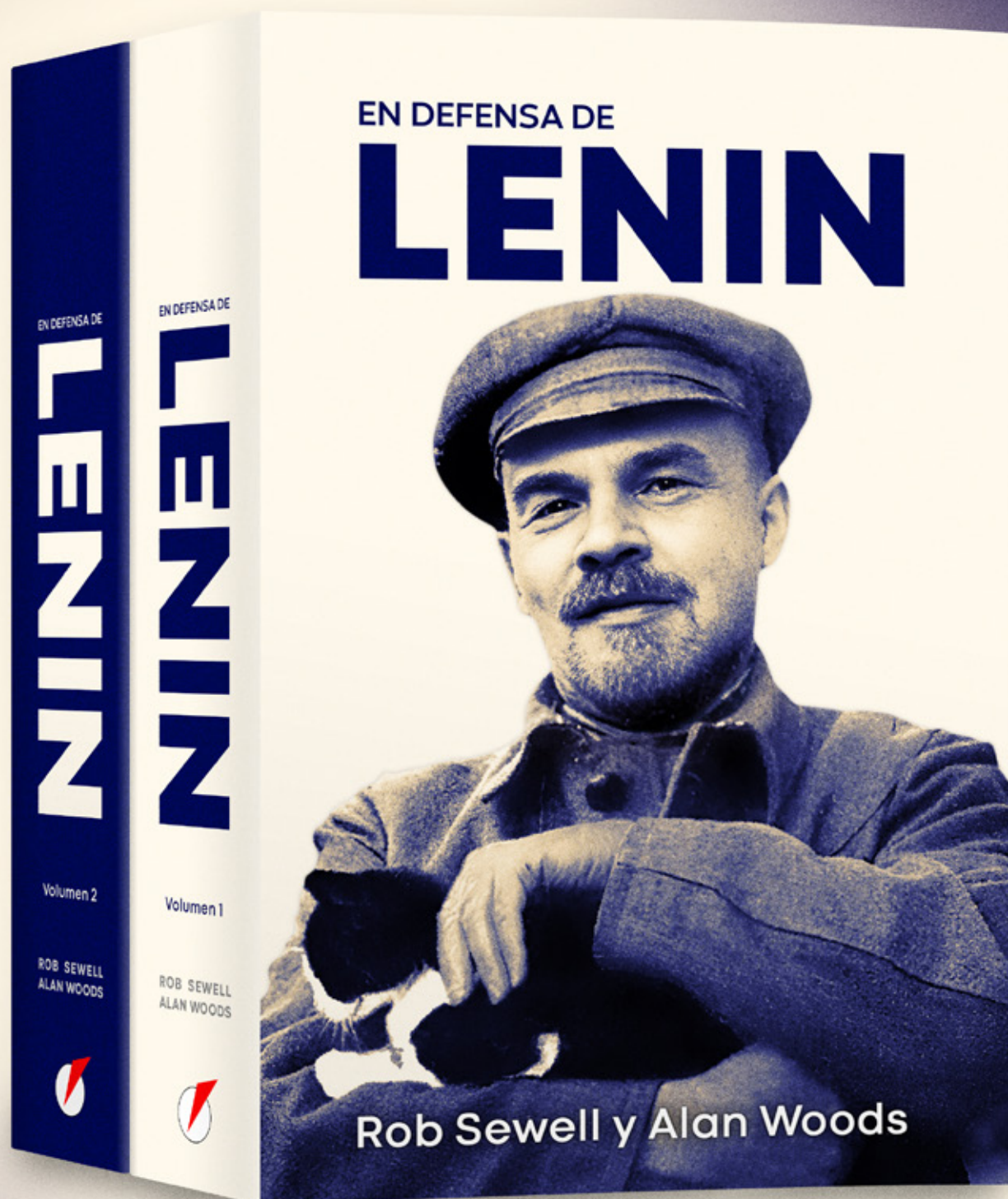
comenzó donde lo hizo Fígaro, pero no se detuvo aquí. Los acontecimientos dramáticos de 1789-93 acabaron con todas esas ilusiones, cuando el viejo mundo se derrumbó, y la basura acumulada durante siglos fue arrojada al cubo de la historia.

El camino de la revolución estaba preparado por los intentos de reforma. Este fenómeno se repite frecuentemente en la historia de las revoluciones y está bien documentado por Alexis de Tocqueville en su famosa obra El antiguo régimen y la Revolución Francesa. José II, el patrón de Mozart intentó esta reforma por arriba para evitar una revolución desde abajo. Como todos esos intentos, estuvo condenado al fracaso.

En la tumba de José hay una inscripción patética escrita por el propio emperador: «Aquí yace el príncipe cuyas intenciones eran buenas, pero que tuvo la desgracia de ver cómo fracasaban todos sus planes». Mozart murió en 1791, aparentemente como resultado de una epidemia, y fue enterrado, según uno de los numerosos edictos de José, fuera de la muralla de la ciudad en una tumba anónima, que nadie ha podido identificar. Pero el nombre de Mozart será recordado y reverenciado por millones, mientras que los de sus patrones, supremos aristócratas, fueron olvidados hace mucho. ■

1 Citado en E Las Cases, *Memoirs of the Life, Exile, and Conversations of the Emperor Napoleon*, Vol. 3, Redfield, 1855, pg 55, nuestra traducción

2 E Anderson (ed.), *'Mozart to Baron Gottfried von Jacquin, Vienna', The Letters of Mozart and his Family*, W W Norton, 1989, pg 544, nuestra traducción



¡NUEVO TÍTULO YA DISPONIBLE!



**CENTRO DE ESTUDIOS
SOCIALISTAS
CARLOS MARX**

